

LAS ETAPAS DE LA VIDA

Romano Guardini

INDICE

INTRODUCCIÓN

1. Carácter peculiar de cada etapa de la vida, incluida la vejez
2. La experiencia propia, fuente de inspiración para Guardini
3. Cómo otorgar sentido a las distintas etapas de la vida

LAS ETAPAS DE LA VIDA

FASE Y CONTEXTO

LA VIDA EN EL SENO MATERNO, EL NACIMIENTO Y LA INFANCIA

LA CRISIS DE LA MADURACIÓN

EL JOVEN

LA CRISIS DE LA EXPERIENCIA

EL MAYOR DE EDAD

LA CRISIS DE LA EXPERIENCIA DE LOS LÍMITES

LA PERSONA QUE HA APRENDIDO DE LA EXPERIENCIA

LA CRISIS DE LA DEJACIÓN

EL HOMBRE SABIO

LA ENTRADA EN LA ANCIANIDAD

LA PERSONA SENIL

RECAPITULACIÓN

LAS ETAPAS DE LA VIDA Y LA FILOSOFÍA

DEL ENVEJECER

INTRODUCCIÓN

Esta versión española fue realizada a partir de la 7ª edición de bolsillo llevada a cabo por la editorial Werkbund, Würzburg, en 1996, con el título *Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung* (Las etapas de la vida. Su importancia para la ética y la pedagogía). A ella respondió también la 6ª edición de la traducción publicada en Ed. Cristiandad en 1983[1].

La primera edición alemana data de 1953. A instancias de su editor, Hans Waltmann, Guardini accedió a publicar en edición aparte algunas de las lecciones de Ética que impartía por este tiempo en la Universidad de Munich con gran empeño y extraordinaria asistencia de alumnos[2]. En su Diario se transparenta el interés que puso Guardini en estas lecciones, que condensan todo su pensamiento relativo al

ser humano. «Si me sale bien la última parte de mis cursos sobre Ética, tendré un esbozo de una auténtica doctrina cristiana de las costumbres. No deducida de conceptos o preceptos, sino inspirada en el acontecimiento concreto de la salvación» [3]. El primer fragmento de la Ética seleccionado para ese fin fue el relativo a «las etapas de la vida», en el que se analizan las tareas éticas que corresponden a las principales etapas que recorre el hombre en su existencia. Por eso el subtítulo dice: «Su importancia para la ética y la pedagogía». En la edición póstuma de la Ética, estos análisis figuran bajo el título «Las edades de la vida y el conjunto del decurso vital»[4]. Tres años más tarde, publicó también Guardini en forma de folleto, junto al ensayo de Otto Friedrich Bollnow «Begegnung und Bildung», una de las lecciones de los cursos dedicadas a exponer «las condiciones antropológicas de la ética». Su tema -«el encuentro»- es central en el pensamiento guardiniano [5].

1. Carácter peculiar de cada etapa de la vida, incluida la vejez

Guardini tiende siempre a abordar los problemas de forma concreta y viva, no abstracta e incomprometida. No le bastan las consideraciones generales sobre el bien, el deber, la conciencia, el amor... Quiere ver pormenorizadamente las actitudes éticas que debe el hombre adoptar en cada fase de su vida y las realizaciones que ha de llevar a cabo. No realiza una investigación psicológica o sociológica de las etapas básicas de la vida humana. Le preocupa descubrir el sentido de dicha vida en las etapas ascendentes y en las descendentes, incluso en los momentos límite de éstas[6]. Su misión consistió, desde el comienzo de su actividad pastoral y publicística, en descubrir las leyes del pleno desarrollo de la persona humana, vista en todo su alcance. Este alcance llega hasta el Creador, tanto por razón del origen de la vida humana como de la meta que debe alcanzar. Según manifestó el autor a quien esto escribe, el pensamiento nuclear de toda su producción se halla expresado en la conferencia pronunciada en el 75 «Katholikentag» (Berlín 1952) con el título: Nur wer Gott kennt, kennt den Menschen (Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre)[7]. A la luz de esa idea global del sentido

de la vida humana, Guardini estima que cada etapa presenta una significación peculiar, de modo que su valor no puede ser deducido de otra etapa considerada como modélica.

Esto le permite trazar un perfil lúcido de la edad senil, que no se le aparece como el mero desmoronamiento de la vida sino como su culminación, ya que tiene como tarea ética específica preparar una «feliz y santa muerte», en expresión del pueblo llano. Guardini supera radicalmente la tendencia banal a considerar como únicos atributos de la vida la energía juvenil, la capacidad de acción intensa, el poder de dominio y disfrute biológico. El hombre, visto como persona, tiene el privilegio de poder conceder a cada fase de la vida un sello característico, y realizar en ella la tarea que le es propia y para la que está perfectamente dotado. La muerte no debe ser vista como algo meramente negativo, un mero cesar impuesto desde fuera, un accidente ajeno a la vida, incluso contrario a ella, sino como el momento decisivo en el que se cierra para siempre el signo de nuestra relación con el Creador. Por consiguiente, la edad senil ha de ser considerada como una etapa de preparación para ese acontecimiento singular que corona el decurso vital y le otorga su sentido definitivo. La ayuda al anciano no ha de limitarse a prestarle la asistencia indispensable para su bienestar; ha de procurar que descubra la gran significación de ese período de la vida y lo viva con la dignidad que el mismo exige.

Al ver el curso de la vida humana desde la perspectiva que otorga la fe, se deja de considerar la etapa infantil como mero preludeo de la juvenil, y ésta como la

preparación de la madurez, y la vejez como el anuncio alarmante del advenimiento de la senilidad, vista como la pérdida gradual de las energías vitales y el desvalimiento irreversible. Cada fase de la vida aparece como la posibilidad de realizar de un modo peculiar el sentido nuclear de la existencia. Lo que en el fondo interesa a Guardini es mostrar cómo se manifiesta la exigencia del bien en cada edad de la vida. La verdad de cada persona consiste en buscar el bien y el valor en toda circunstancia. Una concepción profunda de la vida humana, tal como es posibilitada por la Revelación, no considera el rendimiento, la eficacia y la intensidad de la acción como el módulo único del valor personal. La existencia del hombre puede y debe presentar un sentido muy elevado incluso cuando hace quiebra el vigor corporal. Cada momento de la vida humana está enriquecido por el conjunto de todos sus momentos. En cada uno de éstos vibra el todo _las obras realizadas, las metas perseguidas, el amor dispensado y recibido, los vínculos creados-. El ser humano es el mismo -aunque no lo mismo- en todos los momentos de su vida; el mismo en el sentido activo de quien se halla realizando su vocación y su misión. De ahí la fecunda tensión interior que presenta nuestra vida en cada instante, por anodina y desvalida que parezca. Descubrir y valorar debidamente esa tensión es un rasgo de sabiduría que constituye para el hombre una fuente de hondo consuelo, sobre todo en las etapas más propicias a la pérdida de la autoestima y a la consiguiente depresión espiritual [8].

Una de las formas más eficaces de ayudar a los demás es hacerles ver que la etapa en que se hallan presenta una trama de valores propios, lo que podemos denominar una «figura axiológica» específica. Su valor no debe ser precisado por confrontación con otras etapas, sino desde ella misma y desde la meta que está llamada la vida humana a perseguir y conseguir. Tal visión «holista» de la existencia permite interpretar de modo justo el alcance y significación de cada fase de la misma.

Esta capacidad de interpretación presenta un interés excepcional en los momentos en que la vida propia se presenta carente de sentido y nos lleva a preguntarnos si vale la pena seguir trabajando, esforzándose, haciendo proyectos y persiguiendo metas. Este primer momento de vacilación puede agudizarse y llevarnos a cuestionarlo todo: ¿Tiene sentido mi vida? ¿Por qué existo? ¿Por qué existe algo y no más bien la nada? ¿Puede, de verdad, tener sentido una vida que conduce inexorablemente al desconsuelo de la muerte? Cuanto más fuerte e inminente se vuelve este riesgo de caer en el escepticismo y el absurdo, tanto más sentimos la necesidad de ahondar en la existencia y descubrir que alberga un profundo sentido aun en los momentos de mayor decadencia.

Ese descubrimiento constituye una de las tareas más valiosas de la ancianidad, que debe convertirse para todos en una verdadera «escuela de vida». «La posibilidad de la destrucción del sentido forma parte de la existencia. Ésta es de tal índole que mucho de ella ya no tiene realmente sentido, al menos un sentido que se nos revele con claridad. Dijimos de la mayoría de edad que su tarea propia consiste en reconocer lo absoluto cuando se presenta entretelado con los condicionamientos; ahora se nos pide mantener enhiesto el sentido cuando le rodean procesos de decadencia y descomposición que le roban el ánimo y le debilitan. Y una filosofía que no haya plantado cara a este peligro dista mucho de haber alcanzado su perfección propia. Cuando el filósofo es honrado y no se hurta a los problemas, a la vez que no se desanima y sigue creyendo en el sentido, por muchas cosas que parezcan hablar en su contra, es cuando puede penetrar en las capas más profundas de la existencia» [9]. Para ello debe pensar desde la perspectiva que nos da el ver la vida en conjunto. «En este curso sobre cuestiones éticas fundamentales (...), ya hemos dirigido nuestra mirada en más de una ocasión a la totalidad de la existencia, y hemos tratado de dar respuesta a los problemas concretos desde esa totalidad. Las ideas que acabo de esbozar están asimismo al servicio de esa mirada. Por ello, el tiempo que les hemos dedicado puede que no haya sido en vano[10].

2. La experiencia propia, fuente de inspiración para Guardini

Para preparar sus clases y escritos, Guardini acudía más a su propia experiencia que al pensamiento de otros autores. Como preparación remota leía y meditaba algunas obras, a fin de tener la información necesaria, pero luego sometía los temas básicos a una reflexión prolongada, y, cuando había asumido interiormente las cuestiones y sentía que cobraban vida en su espíritu, iniciaba el trabajo de exponerlas de modo sistemático. Su preocupación fundamental es que todo cuanto expresara tuviera vida. Este ateniéndose a la propia experiencia está especialmente indicado en el análisis del sentido de las diferentes etapas de la vida, sobre todo de la vejez. «No es fácil, así pues, hablar de la vejez de modo creíble. Es preciso poseer por uno mismo la experiencia de la vejez, pero también haber detectado la inclinación a la rabia contra la vida, a la envidia hacia la juventud, al resentimiento contra lo nuevo, y al menos intentar superarla» [11].

Por estar inspirado en la propia experiencia, esta obra tiene cierto valor autobiográfico. El paso por las distintas etapas de la vida humana permitió a Guardini ver por dentro la articulación interna del proceso vital y describirlo en las páginas de este libro. A la inversa, los principios básicos que deben regular el desarrollo cabal de la existencia, tal como son expuestos en el libro, impulsaron y dieron sentido a la vida entera de Guardini. Recordar algunos datos de su biografía puede ayudarnos sobremanera a leer la obra al trasluz y comprender la personalidad del autor.

Su niñez transcurre al amparo de unos padres distinguidos y cultos, pero un tanto distantes. Su padre le inspira un gran amor a la figura de Dante, de cuya Divina Comedia le recita versos en la lengua original. Su madre le transmite una tendencia a la melancolía, entendida en el doble sentido del término alemán Schwertnut: abatimiento, por una parte, y, por otra, nostalgia hacia niveles de vida trascendentes [12]. Debido al traslado de su familia de Verona (Italia) a Maguncia (Alemania) cuando tenía un año de edad, realizó todos los estudios en centros académicos alemanes. Vive muy reducido al ámbito familiar, sin apenas contactos humanos con el entorno alemán[13].

En la juventud se ve urgido a abrirse a su entorno y decidirse a ejercer su vida profesional en el área de la cultura alemana, sin romper con la tradición de su patria italiana. Se siente ciudadano de dos patrias, dos lenguas, dos culturas. Consigue la amistad profunda de varios compañeros de alta calidad espiritual, que le ayudan a orientar su futuro. Vive intensamente la desorientación de la juventud, pero no deja de hallarse en todo momento a la búsqueda de su auténtico camino en todos los aspectos: profesional, ético, religioso. Se siente frenado en todas sus iniciativas por su connatural timidez y no vive espontáneamente las experiencias típicas de la juventud [14].

Su edad madura viene determinada por la decisión de consagrarse al Señor en el sacerdocio, en la línea de su amor incondicional a la verdad, el bien, el recto orden de las cosas, la fidelidad a lo dado objetivamente. Esta actitud de arraigo le impulsa a buscar un nuevo camino, más auténtico y eficaz, para el estudio de la vida espiritual y la esencia del Cristianismo, y su comunicación a las gentes. Este afán de autenticidad y eficacia suscita en su torno desconfianzas y dificulta su acceso a la actividad docente [15]. Con gran esfuerzo y sin perder su línea de actuación, consigue una posición académica prestigiosa.

Lavejez, entendida como disminución de la capacidad de trabajo, se le hizo de algún modo presente en plena madurez. Incluso en los días de mayores éxitos sentía vivamente la caducidad de la vida [16]. Pero este sentimiento no le causaba

amargura; intensificaba su conciencia de finitud, de ser una realidad que es fruto de una donación y le remite más allá de sí mismo. Por eso asumía como propio el lema de Pascal:

L'homme dépasse infiniment l'homme» (El hombre supera infinitamente al hombre). Diversas enfermedades alteraron considerablemente su ritmo habitual y mermaron sus potencias, sobre todo la memoria, el oído y la vista. «Hay dos facultades que me parecen muy valiosas, y me están fallando cada vez más: la memoria y el oído» [17]. Sin embargo, su fidelidad a la misión evangelizadora le infundió nuevos bríos una vez y otra, de forma que pudo llevar a cabo una labor de gran envergadura con la mayor dignidad. Nunca se queja en su Diario de los dolores nada leves que a veces padece [18]. De cuando en cuando el asma le oprime y se siente como amenazado vitalmente: «El asma es una opresión, un encogimiento en medio de la amplitud del espacio. Hay aire por todas partes, pero el oprimido no recibe ninguno. En el hombre hay estrechez...» [19]. Tan sólo lamenta que no pueda programar su trabajo con la deseada seguridad. Con frecuencia se pregunta qué será de sus clases universitarias y de su misa dominical en la iglesia universitaria de San Luis (la famosa «Ludwigskirche» múniquesa) si no ceden sus dolores de trigémino, o sus depresiones, o los ataques de asma, o los cólicos nefríticos, que le obligan en más de una ocasión a hospitalizarse durante semanas.

El hecho de ver en cada fase de la vida la existencia entera, con su exigencia de sentido, su vocación y misión peculiares, otorgó a su vida en todo momento una especial seriedad y gravedad, y la dotó al mismo tiempo de levedad y energía porque la mantuvo abierta en todo momento a la trascendencia. Ello explica que no haya dejado el trabajo pastoral sino cuando sus dolencias le obligaban a ello, y haya proseguido su labor publicística hasta el último momento, preparando manuscritos que fueron publicados póstumamente.

La vida entera de Guardini, entregada sin desmayo a una misión lúcida y asumida, fue una preparación para su edad senil, que supo llevar con coraje y coronar con una muerte santa a los 83 años. Antes de entrar en coma, que él presintió, repitió incansablemente la inspirada exclamación de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti» [20].

3. Cómo otorgar sentido a las distintas etapas de la vida

Según explicó Guardini en otra breve y decisiva obra de esta época, *La aceptación de sí mismo* [21], lo decisivo en la vida humana es aceptar el propio ser, con sus condiciones y en todo su alcance. Hay que aceptar la propia vida como un don que se nos otorga en el origen y como un obsequio que debemos hacer gustosamente, al final, a Quien nos la dio. Este recibir agradecidamente la vida en cada fase de la misma nos lleva a conceder a cada momento de la existencia su debido valor. El valor de la existencia humana radica en su capacidad de crear vínculos, establecer relaciones de amistad, ámbitos de convivencia. De esta forma crece el hombre biológicamente y se desarrolla personalmente. Tal desarrollo debe realizarse en todas las etapas de la vida, no sólo en la niñez y juventud, sino también en la edad madura e incluso en la vejez y la senilidad.

Sabemos por la Biología actual que el hombre es «un ser de encuentro», ser que se despliega abriéndose a otros seres y creando con ellos campos de juego, relaciones de encuentro. Esta apertura implica riesgo pero aporta una forma nueva de realización, que es más creativa, más madura y más rica, y supone un modo renovado de estabilidad. En el seno materno el niño se halla unido a la madre con un tipo de vinculación casi fusional. No tiene iniciativa, capacidad de crear vínculos.

La unidad le viene dada. En el alumbramiento, este vínculo nutricional se rompe, y el niño cobra cierta independencia pero se siente desvalido. Para hacer viable su vida, la madre a una con los demás familiares debe crear con el niño un ámbito de acogimiento y tutela, una «urdimbre afectiva» (J. Rof Carballo) que suscite en él una actitud de confianza incondicional en el entorno. Su situación es más arriesgada que antes, porque esa tutela y acogimiento pueden faltarle, pero tiene la posibilidad de iniciar una relación de «encuentro», lo que supone un modo de vinculación más perfecto que la fusión del estado fetal. Una vez conseguido cierto amparo en el hogar, debe el niño salir al colegio, con la necesidad de crear un círculo de amigos y un entorno nuevo. Estamos ante otra situación azarosa que puede abrir nuevas posibilidades de realización. El niño va así ampliando su «ámbito de vida», sin perder el ámbito familiar, el primero y modélico [22]

El adolescente y más tarde el joven se esforzarán por crear formas de unión extrafamiliares, al margen y a veces contra el ámbito familiar, llevados por el afán de afirmar su independencia. Corren, con ello, el riesgo de renunciar al ámbito que constituye sus raíces vitales sin haber creado todavía otros ámbitos capaces de acoger su energía bullente, y quedar en vacío. La vida les enseñará que el éxito acompaña a quien sabe abrirse a nuevos ámbitos de vida y ensamblarlos con los ya creados. Sólo así su personalidad va adquiriendo el relieve que le compete.

También en la vejez deben darse esos dos aspectos: apertura de nuevos ámbitos y logro de una forma nueva y superior de estabilidad. Podría pensarse que la vejez, cuando llega a la senilidad, se convierte en puro deterioro físico. Para Guardini, el desmoronamiento físico supone un modo nuevo de apertura: la apertura a lo eterno, al Creador. Ello supone un tipo distinto de riesgo, el mayor de todos, pero, cuando se asume con la debida preparación, aboca a una forma inédita de plenitud y de seguridad o amparo. A sus 69 años, anota Guardini en su Diario: «Nueva, maravillosa experiencia: el pensamiento de la vida eterna se me ha hecho cercano. Si Dios me concede esa gracia, me iré con Él. Entonces cesará la menesterosidad que todo lo penetra; todo lo destruido y falto de sentido. Él me da vida y sentido». «Pero ¿qué hago yo, ser finito, en una existencia que es eterna? He sentido esto tan intensamente que tenía el sentimiento de que es algo que no depende sólo de mí. La respuesta me la daba este otro pensamiento: En esta existencia eterna yo no estoy como un ser aislado. Lo eterno es Dios. Yo estoy en la eternidad en cuanto estoy en Él. Él me hace participar en su vida y en su condición de Ser eterno. Pues Él (...) es Quien asumió nuestra existencia en la Suya. El eco de este misterio es que Él nos concede asumir Su existencia en la nuestra. Este `en` es el Cielo. `Admirabile commercium`. Por primera vez adivino algo de lo que es la eternidad de la salvación. Y por cierto como algo real que me incumbe a mí. A mí, realmente; de modo que puedo alegrarme de ello y sentir temor ante ello... Este sentimiento se renovó en mí una y otra vez durante el día» [23].

Cada etapa de la vida es diferente e independiente de las otras, tiene sentido en sí misma, pero debe servir de preparación para la siguiente, ya que en definitiva se trata de un mismo ser humano que sigue un camino de desarrollo. Si uno, en la fase fecunda de la vejez, rehúye asumir la propia muerte como una posibilidad de su vida que debe ser realizada con pleno sentido, y sólo se ocupa de sorber ansiosamente los últimos goces que le es dado disfrutar, no podrá hacer nada sensato y digno en la edad senil. Se verá abocado a una vida mezquina [24]. El anciano vive su condición senil con la debida elevación de espíritu, sin crisparse sobre sí mismo, si desde joven cultiva el autodomínio, el orden, la atención a los demás [25]. El que de este modo hace «reservas de generosidad» y se ocupa en todo momento de dar sentido a la vida evita la amargura de sentir la senilidad como pura liquidación del vivir, mero sinsentido y humillación. Este tipo de ancianos es una bendición conocerlos [26], pues nos revelan a todos una gran verdad: que «también la vejez es vida»; que «es cierto que implica el acercamiento a la muerte, pero también lo es que la muerte misma sigue siendo vida» [27].

Todas las etapas de la vida son afines en su articulación interna, que consiste en arriesgarse a un nuevo tipo de apertura para ampliar el propio ámbito de vida y cobrar, así, una nueva forma de estabilidad. La edad senil no puede ser una excepción a este modo de ser. También en ella el ser humano está llamado a crear modos de encuentro que ensanchen su ámbito vital. Ese encuentro debe ser no sólo con los semejantes, reducidos de ordinario a quienes le cuidan, sino sobre todo con el Dios creador a quien va a devolver su existencia con todo cuanto ha realizado en ella. Esa valiosísima forma de relación» le procura una indecible paz y amparo interior, no obstante la extrema inseguridad de su situación física.

La fe permite al anciano dar una respuesta satisfactoria a esta inquietante pregunta sobre el sentido último de la muerte: «¿Es la muerte la disolución en el vacío, o más bien el paso a lo verdaderamente real?». Por eso es «mala cosa hacerse viejo sin fe en Dios. (...) El núcleo de la vida del anciano no puede ser otro que la oración, sea cual sea la forma que ésta tome» [28].

Comprender así el sentido profundo de la fase terminal de la vida constituye un modo sobresaliente de sabiduría. Es la capacidad creciente de discernimiento que observamos en

Guardini a medida que avanza en edad y que se manifiesta en la mayor lucidez que muestran sus análisis en este libro conforme se acerca el final [29].

Alfonso López QuinOs

Universidad Complutense

OBSERVACIÓN DEL EDITOR ALEMÁN

Lo que sigue constituyó originalmente un capítulo de un curso sobre cuestiones fundamentales de ética. Ha sido retocado estilísticamente, pero sin modificar su carácter de curso universitario.

El lector no debe olvidar, por tanto, que el texto fue escrito con vistas a su exposición oral y a ser completado y desarrollado en las clases, por lo que exige que el lector piense con él y desarrolle por su cuenta los pensamientos que contiene. Los frecuentes puntos suspensivos están al servicio de esa misma finalidad.

NOTA A LA CUARTA EDICIÓN

Para esta reedición el autor ha puesto a nuestra disposición otros dos escritos que enriquecen el tema básico de «Las etapas de la vida» y ahondan en él. El primero recoge las ideas desarrolladas por Guardini con ocasión de su setenta cumpleaños en el marco de su curso de ética, explicado en la Univer

sidad de Munich. Se ha conservado el carácter personal de este texto, debido a la especial ocasión para la que se concibió. El segundo de esos escritos recoge la contribución del autor a la serie de la radio bávara sobre el tema «En el ocaso de la vida».

NOTA A LA QUINTA EDICIÓN

También esta edición está aumentada: incluye el apartado sobre la persona muy anciana. Además de la directa relación temática que guarda con el resto del libro, las observaciones en él recogidas sobre la creciente esperanza de vida dan clara muestra de la importancia intrínseca de su asunto.

LAS ETAPAS DE LA VIDA

SU IMPORTANCIA PARA LA ÉTICA Y LA PEDAGOGÍA

FASE Y CONTEXTO

I

La existencia humana se puede contemplar desde muchos puntos de vista, y un rasgo de su naturaleza propia es que ninguno de ellos la agota. Uno de esos puntos de vista consiste en la peculiar tensión existente entre la identidad de la persona y los cambios a que están sometidas sus condiciones concretas.

El hombre se va caracterizando de modo siempre nuevo. Sus estados corporales y psíquicos cambian constantemente. Cuando trabaja o cuando descansa, cuando lucha por algo o se halla en pacífica posesión de ese algo: en cada uno de esos casos es muy distinta la imagen que el hombre ofrece a nuestra vista. En la relación con cada nueva persona aparecen otros aspectos de su naturaleza. Los diferentes estados de salud, de su situación profesional o social pueden penetrar hasta lo más íntimo. Las diferencias que surgen son a veces tan grandes que parecen poner en cuestión la identidad misma, sobre todo cuando se llega a fenómenos anormales, por ejemplo de tipo esquizoide.

Y, sin embargo, se trata siempre de la misma persona. La diferencia de los estados no anula la unidad, sino que ésta se reafirma en esa diferencia misma. Incluso en la aparente destrucción de la personalidad, se sigue entreviendo tal unidad por detrás de la catástrofe.

Nos proponemos dirigir nuestra atención a un tipo de estados que revisten una especial importancia para la comprensión del hombre: las etapas de la vida.

Inmediatamente se plantea la cuestión de dónde hemos de situar sus límites. En sí misma considerada, toda fase de la vida representa algo nuevo. Así sucede, por ejemplo, con una parte del día: la mañana, el mediodía o el atardecer; o con una unidad de día y noche respecto de la precedente; o con una estación del año a diferencia de la anterior; o con este año entero comparado con el año pasado. En todos esos casos estamos en efecto ante algo nuevo, aunque sólo sea en el sentido

de que la fase de la vida en cuestión es única porque no volverá a darse. La facilidad con la que decimos de una vida concreta que ha durado «tantos días, semanas, años» es un engaño mediante el cual tratamos de escapar de la seriedad de la irrepetibilidad. Ponemos en primer plano la uniformidad mecánica de las horas o días abstractos. En realidad, cada hora, cada día, cada año son fases vivas de nuestra existencia concreta, y cada una de ellas se da una sola vez, ya que ocupa un lugar propio dentro del todo de esa existencia y es irremplazable con cualquier otra.

Precisamente en que cada una de esas fases es nueva, no existía antes, es única y pasa para siempre, es en donde reside la tensión de la existencia, el más íntimo estímulo para vivirla. Tan pronto deje de experimentarse ese estímulo, surge una sensación de monotonía que puede llegar hasta la desesperación. Y de esa misma fuente nace la dureza del hecho de que nada pasado volverá, y con ella la pesadumbre de haber perdido algo que no se puede recuperar.

De esta manera, todo intento de distinguir una determinada fase de la vida tiene algo de arbitrario. Sin embargo, hay cortes tan profundos que nos autorizan a resaltarlos de forma especial.

II

Dado que el espacio de que disponemos es muy limitado, tendremos que distinguir fases muy largas, concretamente las siguientes: el niño... el joven... el mayor de edad... la persona madura... el anciano... la persona ya senil.

Es evidente que esas fases se podrían subdividir. Así, por ejemplo, el recién nacido presenta otra configuración vital que el niño más mayor, y esa forma de vida será a su vez distinta según se trate de un niño o una niña. Pero prestar atención a esas diferencias nos llevaría demasiado lejos.

Entre las fases que hemos mencionado hay crisis típicas: entre el niño y el joven se sitúa la crisis de la pubertad... entre el joven y el mayor de edad, la de la experiencia... entre el mayor de edad y la persona madura, la de la vivencia de los límites... entre la persona madura y el anciano, la consistente en tener que separarnos de cosas y personas... entre la del anciano y la persona ya senil, la crisis de ver que ya no podemos valerlos por nosotros mismos.

Estas fases son auténticas formas de vida que no se pueden derivar unas de otras. No es posible comprender la actitud del joven partiendo de la del niño, y tampoco se puede comprender la existencia del niño como mera preparación para la juventud. Cada fase tiene su propio carácter, que se puede acentuar tanto que al que se encuentra en ella le resulte difícil pasar a la siguiente.

Estas dificultades pueden incluso convertirse en fijaciones. En ese caso, se sigue manteniendo una fase de la que se debería haber salido cuando ya ha llegado el turno de otra fase distinta. Pensemos por ejemplo en la persona infantil, que por los años que cuenta es ya mayor de edad, pero aún tiene los sentimientos y el carácter del niño. Pero también puede suceder que la fase en cuestión se ordene tanto a la siguiente que no pueda desarrollar su naturaleza propia. Pensemos por ejemplo en el fatídico fenómeno de un niño que no tiene la posibilidad de ser realmente niño, porque un entorno sacudido por graves problemas le hace saber

antes de tiempo, o porque a causa de apuros económicos tiene que trabajar cuando más bien debería estar jugando.

Las formas de vida constituyen figuras de valor también en el sentido en que utilizaremos en este curso esta última expresión [30]. En ellas comparecen determinados valores que se hallan bajo determinadas propiedades dominantes, de manera que forman grupos característicos. Esos valores, a su vez, delimitan las posibilidades morales y las tareas de cada fase de la vida.

En todas ellas vive una y la misma persona. No sólo el mismo individuo biológico, como en el caso de un animal, sino la misma persona, que sabe de sí y asume la responsabilidad de la fase vital en cuestión. Esto se aprecia, por ejemplo, en fenómenos como el recuerdo y la anticipación, de los que ya nos ocupamos detenidamente en otro contexto anterior. El hombre puede volver su mirada hacia las fases de su vida por las que atravesó en el pasado y recordar lo que sucedió en ellas. Pero en ello consiste el recuerdo propiamente dicho sólo como sucesos objetivos que se limita a constatar, sino haciendo referencia al propio ser, esto es, como sucesos de la propia vida, en la cual, a pesar de las diferencias que puedan existir, todo forma parte de un mismo contexto y contribuye a realizar o a malograr la existencia... Algo parecido ocurre con la anticipación. Todo plan para el día siguiente, para la semana próxima, para este curso académico, para los próximos años, implica prever algo que todavía no es y que será distinto del presente, si bien seguirá perteneciendo a la unidad de la misma existencia personal concreta.

En estos fenómenos del recuerdo y de la anticipación las diferentes fases se distinguen unas de otras con toda nitidez. Pensemos, por ejemplo, en la dificultad del adulto para trasladarse con el pensamiento a su infancia tal y como ésta fue realmente. Esto es, para no despreciarla como algo superado, y tampoco ver en ella la época de una felicidad perdida. Cuán difícil es tener éxito en esa empresa se nos muestra una y otra vez en el proceso educativo: por ejemplo, cuando un adulto exige de un niño actitudes o rendimientos tan impropios de este último que revela que ha olvidado por completo cómo se sentía él a sí mismo de niño.

Ustedes ven cómo comparece en este punto la dialéctica entre cada fase de la vida y la vida como un todo. Cada fase es algo propio por sí misma, tan inderivable de la precedente como de la siguiente. Por otra parte, cada fase está inscrita en el todo y sólo adquiere su pleno sentido cuando repercute realmente sobre el mismo.

Intentemos ahora poner de relieve lo peculiar de las diferentes fases.

Les ruego que no dejen de tener en cuenta una cosa. El marco que nos viene dado no nos permite establecer finas distinciones, sino que tendremos que trazar las respectivas imágenes a grandes rasgos. Por ello, se podrán hacer objeciones a cada imagen: eso lo he experimentado yo de otra forma; las personas que conozco me han producido una impresión distinta, etc. Para que la caracterización fuese enteramente correcta, debería pintar el estado en cuestión tal y como se ha desarrollado en una persona determinada. Pero entonces no estaríamos haciendo filosofía, sino historia, o más concretamente, historia individual, es decir, estaríamos escribiendo una biografía.

Y ésa no es nuestra misión, por lo que buscaremos las formas típicas: precisamente en tanto que típicas no se dan por entero en ninguna parte; pero si son correctas se podrán aplicar de algún modo a todos los casos.

LA VIDA EN EL SENO MATERNO, EL NACIMIENTO Y LA INFANCIA

Comencemos describiendo la forma de vida infantil. Dado que ya no somos niños, tenemos plena conciencia de las posibilidades de equivocarse a que está expuesto el adulto en relación con su propia infancia: ésta le es familiar a la par que ajena; se acuerda de ella, pero también la ha olvidado, por lo que corre peligro como se aprecia en los recuerdos de la infancia de tener una imagen de ella deformada en algún sentido.

En nuestra visión de conjunto hemos supuesto que entre cada dos fases de la vida hay siempre una crisis. Pues bien, hay asimismo una crisis previa a la infancia. Puede que esta afirmación suene extraña, ya que se suele considerar a la infancia sencillamente como el comienzo absoluto. Pero de los conocimientos que nos proporciona la psicología profunda se sigue como, por otra parte, toda auténtica madre sabe por propia experiencia que la vida en el seno materno es una vida real y que, como tal, implica no sólo un desarrollo fisiológico, sino también una evolución psicológica. No podemos estudiar aquí cómo tiene lugar esta última, pero lo cierto es que en las últimas fases del desarrollo embrional, como muy tarde, estamos ante una vida de ese tipo. Ciertamente, se trata de una vida inconsciente. Si este concepto nos plantease dificultades, acostumbrados como estamos a equiparar la vida anímica con la vida consciente, nos bastaría pensar en el sueño. Mientras dormimos no cesan de producirse fenómenos psíquicos, e incluso espirituales. Lo único que sucede es que toman una forma distinta, la de lo inconsciente. Por otra parte, mediante determinados procedimientos podemos traerlos a la conciencia. (Sueños, repentina lucidez acerca de asuntos personales, fomento de la producción espiritual, solución de problemas, etcétera).

La preocupación por que este crecimiento corporal y anímico en el seno materno tenga lugar correctamente, así como por evitar todo tipo de convulsiones debidas a una inadecuada conducta de la madre, al miedo, a las carencias, etc. constituyen una de las principales tareas que realizar durante el embarazo.

Pero la crisis de la que hablábamos se da en el proceso mismo del alumbramiento.

En virtud de éste, el niño ya preparado para ello abandona el seno materno y comienza su existencia individual. La psicología muestra que ese acontecimiento se graba profundamente en el alma del niño y que un incorrecto transcurso del mismo tendrá consecuencias para toda la vida, no sólo de tipo corporal, sino también de naturaleza psíquica.

El estado en que se halla el niño en el seno materno es el de un completo entretejimiento. El niño vive en la esfera vital de la madre. En virtud del nacimiento se separa de ella. El problema consiste en si la separación se produce real y plenamente, y por otra parte también en si se pasa adecuadamente a la siguiente fase. Ya Freud hacía notar que las comadronas experimentadas hablan del terror que el niño experimenta al nacer, y que hacen responsable a la madre del modo en que el recién nacido supere ese terror. Por otro lado, el hecho de que la separación —me refiero a la separación interior y anímica, a la entrada en la propia existencia— no se realice del todo reviste una especial importancia para el surgimiento de la melancolía. En efecto, en esta última parece estar actuando el deseo de volver a la protección de que se disfrutaba en el seno materno.

Las tareas éticas que aquí se plantean recaen naturalmente en los padres, especialmente en la madre. Conciernen a las exigencias fisiológicas, a la actitud interior, a la íntima dedicación, atención y cariño, a la conducta durante el alumbramiento mismo. Por lo que se refiere a este último, podemos plantear la pregunta de si la técnica, que cada vez lo facilita más, sólo tiene ventajas, la

pregunta de si no puede producir una cierta banalización del mismo, y por tanto que disminuya el peso existencial de esa separación, que sin embargo es a la vez aceptación personal.

II

La forma de vida del niño parece estar determinada por las siguientes características: debe acostumbrarse a la existencia individual, debe aprender a andar en vez de ser llevado en brazos, a comer por sí mismo, etc.

La protección que disfruta el niño consiste ante todo en que entre el niño y el mundo exterior se hallan sus padres especialmente la madre, pero también el padre, ya sea directamente, ya de modo indirecto, a través de la madre.

Dado lo débil de su capacidad de autoafirmarse, el mundo le es hostil al recién nacido. Los padres paran los golpes en que se manifiesta esa hostilidad. Protegen al niño de peligros físicos y de heridas psíquicas, le alimentan, cuidan, visten... Por otra parte, el mundo le resulta extraño al niño. La pregunta que formula una y otra vez: «¿qué es eso?» es la pregunta que se dirige a lo que es extraño. La madre traduce lo extraño al mundo de intuiciones y sentimientos del niño, y las respuestas que le da, por tontas que a veces puedan parecer, son las únicas correctas, puesto que son las únicas que el niño comprende... Los padres rodean al niño con la atmósfera de una constante afirmación, en la forma de colmarle de atenciones y de cariño. De esa manera adquiere la conciencia de estar a salvo y protegido. O, más exactamente: el niño no llega ni siquiera a tener la noción de estar desprotegido, porque para él los padres representan autoridad, protección y donación en sentido absoluto.

Esa envoltura protectora se extiende también a la psicología del niño. Se manifiesta en que el niño todavía no hace las distinciones con arreglo a las cuales el adulto estructura su mundo. Por ejemplo, para el niño, el dentro y el fuera no están claramente delimitados entre sí. Los contenidos psíquicos y la realidad externa se interpenetran. Las cosas representadas son sin más reales. La fantasía equivale de hecho a la realidad. Aquí tiene sus raíces, por ejemplo, buena parte de la aparente mendacidad del niño, que no irá distinguiendo lo imaginario de lo real más que paulatinamente... Tampoco en el mundo exterior hace el niño distinciones que son habituales para los adultos. Un muñeco está para él tan vivo como un animal, y, a la inversa, frecuentemente trata a un animal como si fuese un juguete y no pudiese tomar iniciativa alguna... La capacidad de distinguir entre lo hostil y lo amistoso se va desarrollando muy lentamente, y de ahí que los niños sean tan confiados... Tampoco tienen conciencia de los fines y de los medios que están al servicio de su consecución, con lo que sin embargo no queremos decir que el niño no se salga con la suya de modo muy seguro, si bien lo hace por instinto, no por reflexión. La conexión entre causas y efectos se va aprendiendo asimismo muy despacio.

Esta actitud constituye una envoltura en la que el niño puede crecer tranquilamente. Por esa misma razón puede resultar fatídico que esa envoltura sea vulnerada de alguna forma. Es lo que sucede cuando padres necios hacen que el niño madure demasiado pronto: por ejemplo cuando le enseñan a causar una determinada impresión, a desempeñar un papel, a lograr lo que pretende sea como sea, a mentir, etc. Todavía más profundas son las repercusiones de la realidad externa de la necesidad material cuando ésta empuja demasiado pronto a pensar cómo alcanzar determinados fines, o a tener que preocuparse por satisfacer las necesidades vitales. Tal es el caso, entre otros, de un espacio habitable demasiado estrecho, en el que el niño esté excesivamente cerca de los adultos y conozca los instintos, la falta de honradez, la maldad de estos últimos.

Especialmente negativo es que el Estado arrebate a los niños a sus padres para influir en ellos y educarlos con arreglo a un programa y al servicio de sus propios fines.

Esta unidad de la esfera infantil despierta la impresión de que el niño es inocente. Esa impresión es correcta si con ella se alude a lo inmediato de los sentimientos y de los movimientos vitales de los niños, al modo en que se acercan a las cosas, etc. Pero no es correcta en el sentido moral del término.

La madre real, que no se anda con sentimentalismos, sino que lo que le preocupa es el destino personal del niño, sabe muy bien qué pronto empiezan a actuar los instintos del egoísmo, de la falta de consideración, de la crueldad. Pensemos también en las enemistades entre hermanos, o en la astucia y arte de disimular, verdaderamente asombrosos en ciertas ocasiones.

Y todo esto se halla entretelado en el contexto vital global. El niño debe poder desarrollarse en esta envoltura. Pero no para quedar preso en ella, sino para llegar a tomar iniciativas propias e individuales. En el camino que conduce a ellas no faltan obstáculos. Uno de ellos es la inclinación de los padres especialmente de madres muy «maternales» o de padres autoritarios a no dejar que sus hijos crezcan: un deseo éste en el cual un peculiar erotismo va de la mano con el afán de dominio. Otro de esos obstáculos es la tendencia del niño mismo a la comodidad: un cierto no querer salir del nido, acompañado del rechazo al trabajo y a los espacios abiertos... De esas y otras causas parecidas se sigue el peligro del infantilismo, esto es, de que la actitud infantil perdure en fases vitales posteriores, y en ciertas ocasiones, alimentada en secreto, hasta la vejez...

La correspondiente misión del educador es permitir que el niño desarrolle su propio modo de ser y animarle incluso a que se acostumbre a obrar por propia iniciativa.

LA CRISIS DE LA MADURACIÓN

I

Así se va transformando paulatinamente el modo de existencia infantil. La protección ofrecida por el hogar paterno va perdiendo intensidad. Los encuentros, cada vez más frecuentes, con cosas, personas y sucesos hacen que penetre el mundo exterior y lo llevan en tanto que tal a la conciencia. Esto sucederá tanto más rápida e intensamente cuanto más expuesto se halle el niño a esa penetración a causa de una situación económica o social poco favorable, o de la falta de cariño por parte de sus padres.

También la envoltura psíquica se va haciendo más porosa. Debido a experiencias que en ocasiones empiezan a darse muy pronto, se le hace patente al niño la diferencia entre seres amistosos y seres hostiles. Aprende a distinguir los modos de comportarse útiles de los que pueden perjudicarlo. Aprende también a ver fines y a alcanzarlos, a distinguir el bien del mal, a esforzarse por lo correcto, etc.

En la misma medida en que todo ello vaya sucediendo se van atravesando los estadios del niño algo más mayor, del cercano a la adolescencia, etc., cada uno de los cuales presenta un carácter específico y plantea sus exigencias propias. Pero aquí no podemos extendernos más sobre este particular.

II

La crisis decisiva, que se plantea por y desde dentro, se debe a la irrupción de dos impulsos básicos: la autoafirmación individual y el instinto sexual.

No queremos decir con ello para empezar por el primero que no actuase ya en el niño. Es fácilmente observable qué pronto y con qué habilidad los niños saben salirse con la suya. Todas las madres conocen los celos que surgen ya en los niños de muy corta edad cuando llega un nuevo hermano, y el que hasta ese momento era el único o el más pequeño ya no ocupa el centro de las atenciones y el cariño de los padres. Igualmente, los padres y educadores conocen el afán de dominio del niño, que le lleva a someter a sus hermanos, así como su tendencia a hacerse valer, con la que sabe desempeñar un papel ante los invitados. Ahora bien, todo ello tiene lugar de forma ingenua e instintiva. La auténtica crisis del impulso a afirmar e imponer a los demás la propia identidad comienza con el despertar de la persona, con la conciencia de ser alguien distinto de quienes le rodean.

De ahí se derivan la vulnerabilidad de la autopercepción juvenil; la exagerada acentuación de sí mismo, en la que se muestra qué inseguro se está todavía de sí; la constante rebelión de la persona joven y que está madurando contra toda autoridad; la desconfianza hacia lo que otros dicen, sencillamente porque son otros quienes lo dicen, y a la vez la facilidad para ser seducido por las más necias ideas, tan pronto éstas saben encajar en las tendencias más activas en cada momento.

El objetivo de este desarrollo es distinguirse como uno mismo de los demás; asumir como persona la libertad y la responsabilidad propias; adquirir una opinión propia sobre el mundo y sobre la posición que se ocupa dentro de él; llegar a ser uno mismo, para poder recorrer también el camino que conduce hacia los demás, y como «yo» poder decir «tú».

La otra causa de la crisis es el despertar del instinto sexual. Los padres y educadores saben muy bien que tampoco

este impulso falta antes, y que también a este respecto lo que suele decirse de la inocencia de los niños es una falsedad sentimental. En realidad, ya en la más temprana niñez se dan impulsos sexuales que actúan una y otra vez. Todavía tienen, sin embargo, un carácter difuso, y no encuentran la confrontación con la persona del otro sexo que presupone a su vez la confrontación de la individualidad, de la persona. Este impulso comparece ahora con fuerza elemental junto con las

condiciones fisiológicas de la procreación y de la concepción.

Es la época en la que los y las adolescentes están menos

abiertos a indicaciones autoritarias y a influencias éticas y religiosas. La envoltura en la que ha tenido lugar el crecimiento

hasta ese momento, y que a la vez entretejía al niño en la esfera vital de los padres y del hogar, se ve de repente como algo

cerrado y estrecho, y surge una oposición contra el entorno en cuyo núcleo reside un instinto sexual que todavía no está enteramente comprendido o plenamente integrado en la totalidad de la existencia personal. Se forma un ámbito secreto que pierde fácilmente la relación con el entorno y trae consigo fantasías y disimulos.

La respectiva misión educativa estriba en conseguir que esa realidad vital que acaba de despertar sea vista y reconocida, que se mantenga libre del carácter de lo ilegítimo, y que al mismo tiempo se inserte en el orden a través del cual se trata a la persona como responsable y se le aplican los criterios del honor.

De esta redefinición y de este conjunto de transformaciones debe salir el joven mayor de edad, libre tanto para el ser personal como para el cumplimiento vital.

La consecución de ese objetivo está amenazada por diversos peligros. En lo que respecta a la personalidad: que el joven no dé el paso que le conduce a la independencia y siga estando supeditado a otros, o que permanezca en la rebelión y no llegue a aprender qué es un orden libremente afirmado. Por lo que hace a la vida sexual: que no encuentre el valor para dar el paso al frente, que se haga incapaz de ser padre o madre en toda la extensión de la palabra, o que quede prendido en el mero sexo, se embrutezca en él y no llegue al amor auténtico en honor y responsabilidad.

Aquí residen otras tantas tareas para la persona que va madurando, los padres y los educadores.

EL JOVEN

I

Una vez superada esa crisis, aparece la forma de existencia propia del joven.

No es fácil trazar los rasgos que le definen, dado que en él hay muchas cosas en devenir, pero también porque en él se dan numerosos contrastes. A ello se añaden las convulsiones debidas a los acontecimientos de nuestra época y a los profundos cambios de la entera estructura de la existencia que se expresan en esos sucesos. Me permito recordar, por tanto, lo que dijimos al comienzo de este capítulo acerca de la validez de estos trazos generales.

El joven que ha pasado por la crisis de los años de desarrollo ha tomado contacto con el propio yo y trata de adueñarse de él. Encuentra en sí mismo un terreno firme desde el que puede enfrentarse al mundo y comenzar a realizar su obra propia en este último... Ha cobrado conciencia de sus capacidades vitales y nota que en ellas existen posibilidades de devenir y de experimentar. Pero también tareas que realizar: afirmar y ordenar esas fuerzas vitales, reservarlas para conducir las a su auténtica plenitud respectiva.

El carácter básico de esta nueva forma de vida está determinado, si mucho no me equivoco, por dos elementos. Uno positivo: la fuerza ascendente de la personalidad que se autoafirma y de la vitalidad que todo lo penetra; uno negativo: la falta de experiencia de la realidad.

De ahí se siguen también la sensación de que el mundo está indefinidamente abierto y de que las fuerzas son ilimitadas, la esperanza de que la vida nos colmará de dones sin cuento y la confianza en que uno mismo hará cosas grandes. Se trata de una actitud orientada hacia lo infinito, hacia lo infinito del comienzo todavía no puesto a prueba. Tiene el carácter de lo incondicionado, de esa pureza que consiste en el rechazo de todo compromiso, de la convicción de que las ideas verdaderas y las actitudes interiores correctas son aptas sin más para cambiar y dar forma a la

realidad. De ahí procede también la inclinación al cortocircuito en juicios y acciones. Y todo ello con tanta más virulencia cuanto más inseguro es todavía el ser personal.

Pero al mismo tiempo, como ya dijimos y como no podía ser de otro modo, falta la experiencia de la realidad. Falta el conocimiento de la concatenación real de las cosas, el criterio para distinguir lo que uno mismo puede hacer, lo que les es posible hacer a los demás y lo que le es dado hacer al hombre como tal. Falta el saber acerca de la enorme tenacidad del ser y de la resistencia que opone a la voluntad. De esta manera, es muy grande el peligro de engañarse, de confundir lo incondicionado de la actitud interior con la fuerza para ponerla por obra, la grandeza de la idea con las respectivas posibilidades prácticas. Falta una actitud poco «interesante», pero básica para obtener cualquier cosa: la paciencia.

Este período es el del idealismo natural, que sobrestima la fuerza de las ideas y de las actitudes interiores. Y queda por saber si el fenómeno decisivo para la vida, a saber, la puesta en práctica de lo reconocido como correcto, tiene éxito, o por el contrario la fuerza no logra pasar de la superficie.

Es también el período en el que salen a la luz los típicos talentos precoces: logros de la inteligencia, de la inventiva, de la capacidad artística o de las dotes de mando frecuentemente sorprendentes, pero ante los que no se está seguro de si durarán. El impulso propio de la vida joven, que con fantasía y arrojo va más allá de la realidad, les da alas. De hecho, buena parte de lo que parece ser talento es en realidad cosa de ese espíritu juvenil mismo, y la experiencia muestra que no se desarrolla ulteriormente.

Quizá me objeten que lo que acabo de decir acerca del idealismo de esta edad sólo se puede aplicar a épocas anteriores y menos expuestas, y que la nuestra no es dada a ilusiones de ningún tipo: el tercer Reich, la guerra y la postguerra le han enseñado a ser realista y escéptica, cuando no cínica.

Esa apreciación es en buena medida correcta si por «idealismo» entendemos las tendencias exaltadas y embellecedoras de la realidad que se solían asociar con esta palabra en el pasado. Pero no es éste el sentido que damos aquí al término en cuestión. Hace referencia más bien al modo en que se experimenta la realidad. El aparente realismo puede ser en realidad completamente irreal, y un aparente escepticismo enteramente idealista. Tener «experiencia» no significa saber qué frecuentemente fracasa el bien y cuánto de mal hay en el mundo, sino saber eso de la manera correcta y ponerlo en la relación adecuada con la naturaleza del hombre, con el todo del suceder histórico y social y, especialmente, con los elementos, que tan activos son, del término medio y de lo cotidiano. Nada de esto se da todavía en el joven, o de lo contrario no es un joven, sino un viejo prematuro. Esto último es perfectamente posible, por desgracia, y quizá sea más frecuente hoy que antes. Pero no tenemos por qué convertir a ese fenómeno en un criterio de enjuiciamiento o hacer literatura con él: se trata de una desgracia a la que, cuando se produzca, habremos de dar el tratamiento adecuado, sin por ello amargarles a las demás personas su forma de vida.

Este período es también la época en la que ese sentimiento tan fuerte de lo incondicionado proporciona el valor necesario para tomar resoluciones que decidirán sobre toda la vida de la persona. Entre ellas se cuenta, por ejemplo, la elección de la profesión. Esta elección constituye con frecuencia toda una audacia, puesto que con ella se da un paso que determinará todo el futuro en una época en la que todavía falta la mirada sobria a la realidad, tanto a la de las propias capacidades como a la de las cosas que nos rodean. Ese paso es especialmente

difícil cuando las circunstancias exteriores se oponen a la elección tomada, o cuando lo variado de los talentos y aptitudes dificulta la decisión interna. Pero, por otra parte, con frecuencia es precisamente la falta de conocimiento realista del mundo lo que permite tener la osadía a que nos referíamos. Esa osadía puede incluso llegar a ser heroica cuando la decisión recae sobre algo extraordinario. En esta fase de su vida el joven puede empeñarse en proyectos que más tarde nunca se atrevería a emprender.

Por eso mismo, aquí radica también el gran peligro de ser seducido por aquellos que, calculando fríamente, utilizan la magnanimidad de la vida emergente para sus propios fines. Basta echar una mirada a la política para ver cómo este abuso de la vida joven se convierte en un método.

La decisión se toma también respecto de otras personas cuando el amor se atreve a acercarse a ellas.

La primera fase del amor me refiero a un amor real, no al meramente físico o sentimental, y por tanto al amor en el que la persona está en el centro tiene la misión de separar al individuo de la familia y de cuanto constituía hasta ese momento su entorno vital, para llevarle a crear él mismo un nuevo centro de vida. Es clara la osadía que ello supone, y también lo es que cuanto más tarde se emprenda más difícil será. También aquí se abre todo género de posibilidades, tanto de éxito como de engaño y fracaso.

II

Tenemos que estudiar ahora el problema ético propio de esta fase de la vida. Para poder hacerlo correctamente, hemos de retroceder un poco.

Quizá hayan notado que ni al trazar los rasgos de la fase infantil, ni tampoco al delinear los de la crisis de la pubertad, hemos hablado de los problemas propiamente éticos que plantean esas etapas de la vida. La razón es que la mejor forma de tratar esos problemas es estudiarlos junto con los de la fase siguiente. ¿En qué consiste, pues, la tarea moral de la infancia? Lo primero que hemos de responder es: en lo mismo que la tarea moral de cualquier otra edad, a saber, en hacer real el bien. Pero el bien, como hemos visto en reflexiones anteriores, es tan sencillo en su forma como infinito en su contenido, por lo que no puede ser realizado así sin más, sino que precisa ser desentrañado y dividido en partes, y para ello hemos de recurrir a la situación. En ella el bien comparece con la urgencia que le es peculiar, tal y como resulta exigido aquí, ahora y en estas circunstancias concretas, y entonces sí que puede ser reconocido, nombrado y realizado.

¿En qué consiste el bien exigido por la edad infantil? En su imagen se contienen diversos valores según aparecen como posibles y exigidos en el curso de la existencia infantil: orden, limpieza, sinceridad, amabilidad, aplicación, obediencia, etc. Conforman una imagen, una figura de valor, debido a que son determinados por un centro axiológico, por una dominante. Esta dominante es el crecimiento. Este crecimiento tiene tal fuerza elemental y es tan característico que en ocasiones puede ser visto como con los ojos. Con frecuencia los niños cambian muy deprisa corporal, psíquica y espiritualmente. A veces en forma de una evolución paulatina que el adulto sólo puede constatar tras una ausencia relativamente larga, pero a veces también de golpe, por ejemplo a causa de una enfermedad o un cambio de domicilio, o bajo la influencia de la personalidad de alguien que empieza a formar parte de la esfera familiar.

Y ahora hemos de recordar algo que hemos tratado en clases anteriores: la relación entre la fase concreta y la configuración global de la vida. El niño no existe meramente para convertirse en adulto, sino también, o mejor dicho, en primer lugar, para ser él mismo, a saber, un niño y, como niño, un ser humano. En efecto, el ser vivo es un ser humano en toda fase de su vida, suponiendo que viva esa fase de modo pleno y auténtico, de conformidad con su sentido interior propio. El niño real, así, no es un ser humano en menor medida que el adulto real. El crecimiento es un camino, un devenir, y a este respecto tengo que remitir de nuevo a la frase de Goethe según la cual se camina no sólo para llegar, sino también para vivir en el caminar.

La forma de vida del crecimiento rodeado por una envoltura no volverá a darse nunca. Pero, vista en el conjunto de la vida, es necesaria. En ella se desarrolla el estrato del inconsciente que más tarde habrá de soportar todo el peso. En él se hunden las raíces del ser hasta alcanzar una profundidad de la que deberán obtener jugos nutritivos a lo largo de toda la vida. Si esta fase no se vive en su integridad, sus resultados se echarán en falta más adelante. La persona no volverá a ver el mundo tal y como lo ve de niño; no volverá a experimentar la unidad de la existencia tal y como ahora la experimenta. El mundo realista que se presentará más adelante con todas las diferencias que le dan su estructura propia, debe su claridad a esta unidad, al igual que es de ésta de donde recibe esa constante corrección, esa profundización y esa proporción de «alma» que hacen que se pueda vivir en él.

Expresado un tanto paradójicamente: el niño que no ha llegado a estar en la situación de oír cuentos, y en cierto modo de vivirlos, más tarde no será capaz, así sin más, de atribuir a la ciencia su valor íntegro y a la vez de circunscribirlo a sus verdaderos límites. Igualmente, hablando en general, la ciencia moderna nunca hubiese sido posible si la forma mítica de experiencia vital propia de los primeros tiempos de la humanidad, así como el modo de ver simbólico característico de la Edad Media, no hubiesen alcanzado sus correspondientes niveles de vivencia. Tanto desde el punto de vista de la historia universal como desde el de la historia de cada individuo sería equivocado, dejando aparte la arrogancia de esa autoglorificación, hacer de una determinada fase del conjunto de la vida la finalidad de las precedentes. Se puede decir incluso que el niño al que únicamente se le considere como ordenado a hacerse adulto y al que se le influya exclusivamente en ese sentido no podrá llegar a ser ni siquiera un adulto como es debido. En efecto, una infancia auténticamente vivida como tal no es sólo una fase que precede en el tiempo al ser adulto, sino que persiste como un elemento permanente en toda la existencia ulterior [31].

Pero dado que el niño está por su esencia propia en crecimiento, el valor moral propuesto a su edad, a saber, el de un correcto crecimiento, será, de modo decisivo, responsabilidad de quienes ya son adultos: la madre, el padre, los hermanos mayores, los profesores y los educadores.

La existencia del niño se desarrolla entre dos polos: él mismo y sus educadores (entendiendo por tales todas aquellas personas que sean responsables de él). La importancia de los educadores es tanto mayor cuanto más pequeño es el niño. De esta manera, el problema ético de la edad infantil es ante todo un problema de los educadores, si bien el crecimiento implica que se va convirtiendo progresivamente en un problema del propio niño.

¿Qué tiene que hacer, por tanto, el educador?

El padre de la pedagogía moderna, Herman Nohl, ha dicho en cierta ocasión que el educador es el defensor de los intereses vitales del niño frente a las pretensiones de los adultos, aunque desde luego también frente a los instintos del niño mismo. Tiene que velar, así pues, por que pueda ser realmente niño.

Esto no quiere decir que pueda dedicarse meramente a jugar y que no se le deba imponer una cierta disciplina, sino que los dos elementos en que se basa el crecimiento han de guardar entre sí la proporción adecuada. El educador debe velar por que el niño aprenda a adaptarse, a dar ciertas formas a sus impulsos e instintos, a hacer lo que en su familia y en la escuela se espera que haga, etc., pero también debe velar por que pueda ser él mismo y tenga un espacio de libertad para sus juegos.

El término «juego» encierra un contenido más rico de lo que parece. De algún modo, denota toda las acciones espontáneas del niño. Con esa palabra nos referimos a una actividad que no responde a un fin que resida fuera de ella, sino a un sentido y a un impulso que estriban en el ejercicio de la actividad misma. Es una actividad que discurre hacia sí misma y en la que la vida se despliega libremente, un símbolo que interpretándose a sí mismo se apodera de la existencia, un ceremonial que hace realidad el mundo unitario infantil. A este respecto habría muchas e importantes cosas que decir, y hemos de subrayar con fuertes trazos cuánto puede echar a perder el adulto que ya no es capaz de jugar: por remitir equivocadamente todo a fines ulteriores y por una falsa racionalidad, por consideraciones de fortalecimiento de la personalidad y de preparación para el ejercicio de una profesión, debido al carácter técnico de los juguetes, etc.[32]. El educador debe dejar libertad a la espontaneidad infantil. Un bello ejemplo es la labor a la que entregó su vida la gran pedagoga María Montessori. Qué gran ayuda presta esta pedagogía al desarrollo de la creatividad que late en el niño, es algo que no se olvida nunca con sólo una vez que se haya estado en una escuela dirigida según sus tesis.

El adulto no debe someter al niño a una disciplina mecánica y asfixiante, sino ayudarlo a que entre en contacto con su propia capacidad de iniciativa y a que se atreva a desplegarla. Debe procurar que la protección y cuidados que rodean al niño se hagan paulatinamente menos intensos, de manera que éste conserve la conciencia de que cuenta con el apoyo y el respaldo del adulto, pero a la vez vaya preparándose para poder prescindir de ellos.

Los valores éticos centrales residen en lo que se denomina «carácter»: en las exigencias de veracidad, honradez, fidelidad, valor y coherencia con las decisiones tomadas. Se trata en definitiva de los valores de la persona propiamente dichos, que con demasiada frecuencia no reciben en la educación toda la atención que merecen.

Son esos valores aquellos que el joven más precisa cuando se hace consciente de su propio modo de ser y cuya necesidad experimenta de manera especial, pero también los valores a cuyas exigencias quisiera hurtarse. Son los valores nucleares de la personalidad, a través de cuya realización la persona moral se va edificando como tal, pero que por eso mismo cuestan los mayores vencimientos.

Añadamos que son también los valores que el educador —el tipo más habitual de educador, que gusta de seguir la ley del mínimo esfuerzo— suele considerar incómodos. Por ello es fácil que esté inclinado a inhibirlos y a exigir en lugar de ellos aplicación, corrección, docilidad y cosas por el estilo.

Pero el educador debe ser plenamente consciente de que la más fuerte de las influencias que ejerce no procede de lo que dice, sino de lo que es y hace. Esto último es lo que crea la atmósfera, y el niño, que como niño que es reflexiona poco

o nada, absorbe sobre todo atmosféricamente. Cabe decir, por tanto, que lo que más influye es la forma de ser del educador; lo segundo, lo que hace, y sólo en tercer lugar lo que dice.

El ethos propio de esta tarea es, así pues, extraordinariamente exigente. En la medida en que se responda adecuadamente a esas exigencias se facilitará el paso por la crisis de la pubertad.

Las dificultades de esta crisis consisten en la inseguridad interior, en saber y sin embargo no saber, en querer ser uno mismo pero no poder serlo todavía. De ello se sigue la rebelión de la que hablábamos, cuyo significado es que la iniciativa personal se quiere liberar a sí misma pero a la vez se encuentra desvalida para hacerlo. Lo mismo sucede con el secreteo a que nos referíamos, en el que se expresa la sensación de querer y deber hacer algo a impulsos de la propia vitalidad, a la par que la tendencia a contradecir la voluntad de los padres o de los educadores. Cuanto más se lleve al niño desde el principio a una tranquila independencia, con tanta mayor confianza se adentrará éste en la crisis y tanto más fácilmente podrá superarla.

IV

Las tareas específicas del joven, esto es, de la persona que ha pasado por la crisis de la pubertad y está llegando o ha llegado ya a la mayoría de edad, son más comprensibles si las ponemos en relación con todo lo anterior.

De nuevo comparece a nuestra vista un panorama axiológico que contiene en sí diversos momentos particulares: veracidad, buen ánimo, pureza, lealtad, honor, orden, diligencia, laboriosidad, etc. También este panorama axiológico tiene un centro, una dominante, que consiste en que el joven se asume a sí mismo, dando a esta expresión el sentido en el que hablamos de la asunción de una tarea. Se acepta a sí mismo, es coherente consigo mismo, toma sobre sí la responsabilidad de sí mismo, y ello ante el orden establecido y ante su propia persona.

Las dos cosas son importantes. Comencemos por la segunda, dado que en nuestros días parece correr especial peligro. Hoy, a diferencia de lo que sucedía en el período de entreguerras, el enemigo ético ya no es el individualismo, es decir, la desordenada imposición de los propios derechos y del propio modo de ser, sino el colectivismo, la absorción por las totalidades. Por doquier vemos organizaciones que se apoderan del individuo. En todas partes le sale al paso una forma de pensar que considera la historia como un proceso necesario en el que el individuo no es más que un elemento. Frente a ello, es preciso hacer notar que las totalidades sólo son humanas cuando se componen de personas independientes, las respetan y les dan cabida en su seno, y que la historia sólo es humana cuando comienza de nuevo con cada individuo...

El ethos propio de esta etapa de la vida consiste por tanto en tener valor para ser uno mismo, para ser la persona que se es y asumir la correspondiente responsabilidad, para formarse un juicio propio y desarrollar la propia obra, para desplegar la propia vitalidad y las fuerzas de la misma que apuntan al futuro... El mayor peligro para la persona que se está haciendo es el «se»: el esquema anónimo de cómo se tiene que pensar, juzgar y actuar, creado y defendido por los partidos, los periódicos, la radio y el cine; la coacción que ejercen las normas y disposiciones, las autoridades públicas, las organizaciones de todo tipo y el poder estatal cuando se inmiscuyen en la vida individual. Tan pronto predomina todo esto, la persona queda desvalida. El joven, así, ha de aprender a pensar y juzgar

por sí mismo. Debe adquirir una sana desconfianza frente a todo tipo de recetas, sean de naturaleza teórica o práctica. Tiene que reafirmarse en su libertad. Como es natural, no nos estamos refiriendo a dar en la arbitrariedad o en el desenfreno. Y haremos bien en tener en cuenta lo siguiente: cuanto más intensa sea la fuerza sugestiva de la influencia anónima sobre la opinión, cuanto más violenta la intervención del Estado sobre la personalidad y su vida propia, tanto más se debilitará el auténtico orden, pues éste surge de la libertad y la responsabilidad. La coacción y la sugestión son lo contrario del orden: actúan sólo desde fuera. La persona sobre la que se utilizan se va haciendo en realidad más caótica, más incapaz de adquirir una auténtica forma. La violencia y la sugestión suscitan, a modo de reacción contra ellas, la anarquía. En ocasiones se ha dicho que la revolución permanente es el medio del progreso. Esta apreciación era muy superficial. Más correcto sería decir que la revolución permanente es el fenómeno dialécticamente contrario a la creciente violencia. La organización, que va creciendo por todas partes en formas y en capacidad de dominio, es meramente aparente y en realidad encubre un caos asimismo creciente. En el hombre de nuestros días ese caos es la anarquía, y ésta es cada vez más fuerte... Darse cuenta de ello y distinguir la anarquía de la genuina autoafirmación es una importante tarea de la fase de la vida de la que estamos hablando.

Ya dijimos anteriormente que a esa fase de la vida le falta algo esencial y necesario para estar en condiciones de pensar, juzgar, hacer planes y actuar de modo que también los demás puedan confiar en nuestro modo de proceder: la experiencia. La pureza de la actitud interior, el apasionamiento por las propias ideas y la fidelidad incondicionada a ellas son algunas de las características de esta fase de la vida, pero entre ellas todavía no se cuenta el saber acerca de qué son y cómo funcionan en realidad las cosas de la vida: por la sencilla razón de que faltan la ocasión y el tiempo para ello, pero también, y ésta es una carencia todavía más importante, la capacidad interior de ver y de asimilar lo visto. El joven ha de recurrir, así pues, a la experiencia de otros. Algo que hasta la madurez ha desempeñado un papel tan importante, a saber, la educación, regresa ahora de una nueva manera, a saber, en boca del experimentado, quien puede decir: las cosas son de esta o de aquella otra manera, los sucesos toman este cariz o este otro, ten en cuenta que... Como es natural, nada de eso puede sustituir a la propia experiencia. Según un viejo dicho, cada uno tiene que hacer sus tonterías él mismo para aprender a no hacerlas más. Pero no por ello deja de ser una auténtica exigencia ética aprovechar la experiencia de los demás. Aquí estamos de nuevo ante una relación dialéctica, en la cual el valor para ser uno mismo y el atreverse a lo nuevo corren parejas con la orientación con arreglo a lo dado y con la utilización de la experiencia ajena. Esto no es encogimiento y pusilanimidad, no es una aburrida mediocridad, sino algo enteramente vivo, a saber, un movimiento en equilibrio.

Nos estamos refiriendo con ello a lo que la ética de Aristóteles denominaba mesotes, el mantenimiento del término medio. El pueblo griego era todo lo contrario de mediocre: era quizá el más pasional y el más expuesto a toda clase de peligros. Tanto más imperiosamente le aconsejaba su instinto ganar el equilibrio necesario para poder caminar entre los abismos: la *sophrosyne*. Y efectivamente lo consiguió en muchos aspectos y de ese equilibrio han surgido cosas grandes pero no en la empresa más importante. Por mucho que admiremos la gloria griega, no debemos olvidar que este pueblo no logró llevar a término la más importante de las tareas que tenía encomendadas, a saber, la creación de un Estado unitario. Vistas las cosas desde un punto de vista global, no encontraron la medida justa, por lo que cayeron en manos de los macedonios y de los romanos. En este punto podemos ver qué grande es lo que aquí está en juego: el resuelto penetrar en la propia vida, en el destino que nos aguarda y en las misiones que éste nos asigne, y

al mismo tiempo la utilización de la experiencia de otros, hasta que poco a poco la propia se haya hecho tan fuerte que podamos apoyarnos en ella.

Permítanme subrayar de nuevo la importancia de esta interpenetración precisamente en este momento de la historia, en el que por un lado las tendencias totalitarias pugnan por asfixiar la iniciativa propia de las personas, mientras que por otra parte la perplejidad da lugar a una salvaje negación, a una rebelión contra todo lo heredado. Y es que el totalitarismo y la anarquía son dos caras de uno y el mismo peligro.

LA CRISIS DE LA EXPERIENCIA

I

Hemos hablado de la imagen esencial del joven, y posteriormente, avanzando en el desarrollo lógico de nuestro tema, hemos dirigido nuestra atención al problema ético del niño y del joven.

Al comienzo de nuestras reflexiones decíamos que entre las etapas de la vida hay crisis. Las diferentes etapas de la vida constituyen por sí mismas formas básicas de la existencia humana, modos característicos en que el ser vivo va siendo un ser humano a lo largo del camino que conduce del nacimiento a la muerte: maneras de sentir, de entender, de comportarse en relación con el mundo. Estas imágenes están tan fuertemente caracterizadas que a lo largo de su vida el hombre no pasa sin más de una a otra, sino que ese paso implica siempre una separación cuya realización puede llegar a ser tan difícil que implique un verdadero peligro para la persona. Puede requerir un período de tiempo más o menos largo, puede tener lugar con cierta violencia o con relativa calma, puede saldarse con un éxito o con un fracaso, y este último puede consistir tanto en que la fase que debería haber llegado a su término perdure a expensas de la siguiente, como en que la fase por la que se esté atravesando en un momento dado se vea desplazada o violentada por la que vendrá más tarde.

Uno de esos pasos, o de esas crisis, se da también entre la fase vital del joven y la inmediatamente siguiente, a la que nos gustaría denominar fase de la mayoría de edad. Esta fase guarda una estrecha relación con algo a lo que ya hemos aludido varias veces: la experiencia.

Es de la esencia del joven el impulso ascendente de la vida en expansión, la conciencia, que va creciendo rápidamente, de la propia personalidad, de las propias fuerzas, de la propia vitalidad. El efecto psicológico de este impulso ascendente es la sensación de estar abierto a infinitas posibilidades: lo que la persona adulta será y hará, y lo que la vida le depara. Muy relacionada con esa sensación está la incondicionalidad de las ideas y actitudes interiores, lo absoluto de las tomas de posición, la falta de compromisos en el comportamiento, todo ello unido a la convicción de que la realidad de la existencia podrá ser captada y dominada por medio de esas ideas y actitudes.

Pero lo que en verdad sucede es que se pasa por alto esa realidad. No se la ve correctamente: ni la realidad del propio ser, de lo que éste puede y no puede, de los elementos que impulsan y de los que perturban su desarrollo, ni tampoco la realidad del entorno, de las circunstancias económicas y sociales, de la actitud interior de las demás personas, de las ayudas y obstáculos que pueden surgir por su causa, etc.

Toda esta actitud del joven es idealista, tanto en el sentido positivo de este término como en su acepción negativa.

II

Pero justo en ese momento es cuando empezamos a tomar conciencia de la realidad.

Sobre todo debido a que el comportamiento idealista conduce a fracasos. El joven experimenta que no es capaz de mucho de lo que creía serlo, y que quizá sus aptitudes reales son de otro tipo, menos llamativo, interesante y revolucionario, pero se trata de auténticas aptitudes. Experimenta un hecho tan elemental como tardíamente percibido, el de que también las demás personas tienen sus iniciativas, ideas, actitudes y ganas de hacer cosas, que también ellas actúan por su cuenta y no están dispuestas a dejarse subordinar a iniciativas ajenas.

Experimenta también qué complicadas son las cosas, qué poco se avanza con normas demasiado simples, cómo más bien hay que decir siempre: por un lado pero por otro... Nota qué irreales son con frecuencia los principios absolutos, y que por tanto hay que aceptar una y otra vez algo que al joven le cuesta mucho trabajo decidirse a aceptar: compromisos, que sólo resultan realizables al precio de que las exigencias respectivas pierdan algo de su carácter de absolutas.

Experimenta, por otra parte, que la realidad de la vida social, política y económica que él quiere modificar apoyado en lo incondicionado de la idea y en la pureza de la actitud interior es mucho más resistente de lo que él pensaba. Se percibe y se dice qué es lo correcto, pero eso no basta para que se acepte. La estupidez, el egoísmo, el desinterés son enormemente fuertes. Las modificaciones que se haya logrado introducir en las circunstancias dadas duran poco, y todo vuelve a su estado inicial.

Consigo mismo tiene que hacer la misma experiencia. El hecho de que sepa que algo es lo correcto no implica de ninguna manera que lo haga. Muy frecuentemente no está a la altura de las circunstancias. Ve cómo una y otra vez el balance ético que él mismo extrae de su conducta arroja un resultado negativo. Liberarse realmente de un defecto, superar una debilidad, adquirir una areté, una «virtud» reconocida como correcta, son todas ellas cosas harto difíciles.

Experimenta en definitiva qué mísera es muchas veces la existencia. Toma conciencia, desanimado, de qué quieren decir expresiones como «por término medio» y «cotidiano», de qué raros son los verdaderos talentos y los logros significativos, al igual que los grandes acontecimientos, tanto buenos como malos.

Descubre qué significa lo fáctico. Lo que no tiene por qué ser, pero es. Lo que no se puede derivar de principios, y por tanto tampoco se puede dominar con principios, pero sin embargo está ahí, hay que contar con ello y sólo tras un lento laborar puede ser sojuzgado... Descubre aquella fuerza que es la condición previa de toda auténtica realización: la paciencia.

La consecuencia es que empieza a tambalearse todo lo que hasta ese momento la actitud interior había considerado firme y seguro y había afirmado con la incondicionalidad propia de las convicciones juveniles. Es patente que faltaba algo, a saber, la experiencia, y su falta hacía que todo lo demás fuese en cierto sentido erróneo. Se hace necesaria, por tanto, una redefinición de muchas cosas. Una imagen de la vida que en su momento fue correcta toca a su fin, y es preciso obtener una nueva.

En esta empresa se puede fracasar de diversas maneras. Puede suceder que el joven que se va adentrando en la vida se mantenga aferrado a su actitud propia. En ese caso caerá en el absolutismo, se convertirá en un doctrinario, en un fanático de los principios, que no reconoce nada como válido y todo lo critica. O se convertirá en el eterno revolucionario que jamás logra un resultado concreto porque no encuentra ningún punto de contacto con lo dado, no sabe qué aspecto tiene un logro real y no sólo imaginario, e intenta compensar su propia esterilidad con un perenne querer hacer las cosas de otra manera. Llega a ser alguien que se entusiasma con demasiada facilidad, cuyos sentimientos carecen de toda relación con las cosas y que por tanto vive en un mundo irreal [33].

El fracaso también puede tomar la forma de que el joven abandone la incondicionalidad de sus ideas y de su actitud interior y capitule ante la realidad, o mejor dicho ante la realidad mala, ante lo que «todo el mundo» dice y la mayoría quiere. En ese caso, el joven se entrega a la mala experiencia y a la búsqueda del éxito, y ya no pregunta más que por la utilidad y el disfrute... Surge entonces ese tipo de persona que a todo el que realmente alberga aspiraciones y esperanzas le dice que hay que ser «realista», que hay que tomar la vida como es, que hay que procurar salir adelante a cualquier precio, alcanzar un buen estatus social, pasarlo todo lo bien que se pueda, etc.

En ninguno de los dos casos se ha logrado dar el paso correcto. Éste hubiese consistido en hacer y aceptar la experiencia, pero al mismo tiempo seguir convencido de la validez de la gran idea, de que se está obligado a lo recto y noble. Hubiese consistido en que se mantuviese en pie, o, mejor, en que adquiriese por primera vez una sólida base, el convencimiento de que lo que en último término importa no es ganar dinero y poder, sino hacer algo realmente valioso y de sí mismo una persona recta.

EL MAYOR DE EDAD

I

Si es esto último lo que sucede, se conforma una nueva figura vital, a la que vamos a llamar la fase de la mayoría de edad, dando a esta expresión un sentido personal, no biológico o jurídico.

Estriba en que se ha echado raíces en la persona y en su actitud interior, así como en la realidad. En que se ha descubierto qué significa estar y permanecer en pie, y se está decidido a obrar en consonancia con ello.

Es entonces cuando se desarrolla lo que se suele denominar carácter: la firmeza interior de la persona. No es rigidez o endurecimiento de los puntos de vista y de las actitudes, sino que consiste más bien en la fusión del pensar, sentir y querer vivos con el propio núcleo espiritual.

Determinados valores adquieren ahora un significado especial: la fidelidad a las obligaciones asumidas; el cumplimiento de la palabra dada; la lealtad a quien ha puesto su confianza en nosotros; el sentimiento de honor como un órgano poco menos que infalible para saber qué es recto y qué no lo es, qué es noble y qué es vulgar; la facilidad para distinguir en las palabras, conductas y resultados, y en todas las cosas en general, lo genuino de lo inauténtico...

Se trata del momento en el que se descubre qué quiere decir duración. Significa aquello que en la corriente del tiempo está emparentado con lo eterno: lo que

construye, mantiene en pie, sustenta, prolonga. En este momento la persona descubre también qué quiere decir fundar, defender, crear tradiciones. Descubre qué estéril y miserable es apartarse una y otra vez de la línea de acción de quienes nos precedieron y querer empezar siempre de nuevo [34].

En ese momento es cuando se dice de alguien que es «todo un hombre» o «toda una mujer», cuando aparece bien marcada la personalidad masculina o femenina, en la que la vida puede apoyarse porque ya no se deja llevar por los impulsos inmediatos y por el fluir de los sentimientos, sino que ha entrado en la esfera de lo permanentemente válido. Uno de los síntomas más peligrosos de nuestra época es que estos rasgos de la personalidad parecen estar debilitándose.

Un fenómeno directamente relacionado con el anterior es la descomposición de la familia. Para ser realmente padre o madre no basta poder engendrar y dar a luz. Se precisan también la firmeza interior, la tranquila fuerza para poner orden, mantener, continuar, en la que se basan lo que conocemos como familia y hogar. La causa de que los poderes públicos puedan inmiscuirse desde todas partes en este ámbito primigenio es que aquellos que llevan sobre sus hombros la familia muchas veces no son realmente hombres y mujeres, y ni siquiera tienen la voluntad de llegar a serlo.

De aquí surgen, por otra parte, las formas de existencia de los campos y campamentos de diversos tipos, de las institu

ciones educativas oficiales, de las casas de pupilaje, en las que el hogar pasa a ser sustituido por el centro de reunión, la institución o el hotel. La falta de las cualidades que mencionábamos genera la extraña impresión, hoy día tan frecuente, de que la existencia, pese a la inmensa acumulación de saber, la enorme magnitud del poder y la exactitud de la técnica que nos rodean, en el fondo está regida por personas inmaduras. Y de ahí se deriva a su vez la profunda preocupación de si unas personas que tan difícilmente llegarán a un auténtico enraizamiento en sí mismas serán capaces de dominar de forma humana su propio poder, o si por el contrario caerán en manos de ese mismo poder y de sus titulares colectivos: el Estado, los sindicatos, los encauzadores de la opinión pública.

LA CRISIS DE LA EXPERIENCIA DE LOS LÍMITES

I

También esta forma de existencia tiene que atravesar una crisis. Pero antes de comenzar a describirla tengo que hacer una advertencia previa.

En nuestra exposición solamente distinguimos las principales fases, dado que no tenemos la posibilidad de profundizar más en aspectos particulares. Y llegado a este punto no sé muy bien si lo que vamos a estudiar ahora es realmente una de esas fases principales, o por el contrario no representa más que una cierta profundización en la fase anterior, o quizá una subdivisión de ella, al igual que el niño de una cierta edad en tanto que distinto del niño más pequeño constituye una subdivisión de la infancia en general.

Nos encontramos ante una de las más graves dificultades a que ha de enfrentarse una fenomenología del transcurso de la vida del tipo de la que hemos emprendido aquí. Estriba esa dificultad en la dialéctica entre fase y totalidad: a la hora de subdividir, lo decisivo es frecuentemente qué peso se asigne al todo frente al transcurso global.

Les ruego, por tanto, que reflexionen ustedes mismos acerca de cómo ven las cosas. Dirijo esta petición especialmente a los mayores entre ustedes, puesto que en su propia experiencia tienen ya un punto de partida y de apoyo para esa reflexión.

Si deseamos acotar temporalmente la fase que acabamos de estudiar, tenemos que decir que va aproximadamente del final de la década de los veinte hasta la mitad de los cuarenta... Se trata por supuesto de fronteras muy inestables, y hay muchos factores bajo cuya influencia esta fase puede empezar o terminar más pronto o más tarde.

Es la fase de la plenitud de fuerzas, sustentada por la conciencia de que sólo es auténtica la conexión de las ideas verdaderamente pensadas con la realidad correctamente vista; la unidad de la actitud interior incondicionada con el conocimiento de lo difícil y complicado que es todo y de lo tambaleante y mísero de las circunstancias y estados por que atraviesa el hombre... Desde un punto de vista fisiológico, esta es la fase en la que el impulso de la juventud se ralentiza, a la par que adquiere una cierta profundidad y decisión. La fase en la que las fuerzas productivas de tipo tanto espiritual como vital fluyen de modo más inmediato.

Es también la fase en la que la persona está más dispuesta a tomar sobre sí cargas, a considerarse capaz de tareas, a no escatimar la fuerza y el tiempo que invierte en sus actividades.

II

Pero también en ese momento comienza la crisis: una sensación cada vez más clara de los límites de las propias fuerzas. La persona experimenta que existe un «demasiado»: de trabajo, de lucha, de responsabilidad.

El trabajo se acumula. Las exigencias se van haciendo cada vez más grandes. Detrás de cada una de ellas aparecen otras nuevas, sin que se alcance a ver el final... Pensemos en qué significa mantener un hogar, velar por el bien de una familia, ejercer una profesión, dirigir una empresa, desempeñar funciones públicas: todo lo que ello exige de las personas; los muchos recursos materiales y energías de diversos órdenes que hay que poner en juego; las grandes tensiones, dificultades y resistencias que se hacen presentes. Todo ello tiende constantemente a disgregarse, puesto que cada elemento tiene sus fines propios, sean éstos dados por la naturaleza o bien de índole personal. Para mantener unido el todo se precisa por tanto esfuerzo siempre renovado, prudencia, atenta vigilancia, búsqueda desinteresada del equilibrio, renuncia.

Estas realidades llegan lentamente a la conciencia, y mientras que al principio se experimentaba una viva sensación de poseer reservas, fuerza, capacidad de iniciativa y de innovación, la sensación que ahora se impone es la de los límites. La experiencia del cansancio llama a la puerta: que ya es demasiado, que se quiere descansar, que se está empezando a vivir de las reservas. Estos pensamientos se presentan especialmente cuando se acumula el trabajo, cuando las exigencias de todo género que pesan sobre nosotros se hacen demasiado grandes y las dificultades parecen insuperables.

Las ilusiones pasan, y no sólo las que son de la esencia de la juventud, sino también las que procedían del hecho de que la vida aún conservaba el carácter de la novedad, de lo que todavía no se había probado en su integridad.

Hasta este momento la seriedad, la resolución, la responsabilidad de poner los fundamentos, de edificar sobre ellos y de luchar han venido determinando la

conciencia. Pero ahora todo eso pierde su frescor, su novedad, cuanto tenía de interesante y estimulante. Poco a poco se va sabiendo de verdad qué quiere decir trabajar y luchar. Se sabe cómo se comportan las personas, cómo surgen los conflictos, cómo se da comienzo a una obra, cómo se desarrolla y cómo se termina, por qué cauces discurre una relación personal, cómo aparece y cómo pasa una alegría...

Se pierde el atractivo del encuentro fresco, de las nuevas empresas. La existencia adquiere el carácter de lo ya sabido. La persona empieza a estar de vuelta de todo. Tiene la sensación de que las cosas se repiten. Naturalmente, esta sensación no es correcta, pues ya dijimos antes que en realidad nada se repite. El proverbio de que «todo lo que sucede ya ha sucedido antes alguna vez» se puede cambiar también en este otro: «todo lo que sucede sucede ahora por primera vez». Sin embargo, la tonalidad de lo conocido, de lo regular y uniforme invade nuestros sentimientos. La rutina se hace sentir en vemos nuestros pensamientos y actividades.

Lo mísero de la existencia se nos va revelando de manera creciente. Experimentamos desengaños con personas en las que habíamos depositado nuestras esperanzas. Los hombres en general revelan una falta de sensibilidad y una indiferencia, incluso una maldad, con las que no contábamos. Vemos entre bastidores y notamos que las cosas son mucho más ruines de lo que pensábamos.

El hastío hace su aparición: lo que los antiguos llamaban *taedium vitae*, esa profunda decepción que no obedece a un motivo u ocasión concretos, sino que nos la produce la vida en su conjunto. La técnica que la vida emplea con nosotros consiste en empezar prometiendo mucho. Especialmente la fase de la pubertad y de la juventud experimentan esta infinita promesa. Con ella la persona cobra ánimos los pesimistas del tipo de Arthur Schopenhauer dicen: se ve seducida por un engañoso reclamo para adentrarse en el terreno desconocido de la vida y asumir las obligaciones propias de la amistad, el amor y la profesión elegida.

A lo largo de la vida la fuerza de esta promesa se va debilitando progresivamente. La mirada se hace más perspicaz, el corazón se confía menos. Se hace cada vez más claro que lo prometido no encuentra cumplimiento, que los resultados obtenidos no compensan la inversión realizada. De todo ello procede la gran desilusión que se produce en toda vida. Y no sólo en las personas con las que la vida se ha portado mal, sino también en aquellas a las que colma de dones y de las que los demás piensan que les ha sonreído la suerte y que han llegado muy lejos. En efecto, lo que da a la vida su sentido no es la extensión, lo cuantitativo, sino la intensidad, la fuerza de la vivencia y de lo sentido.

Todos esos elementos cristalizan en una crisis. Lo que en ella se decide es si ese desengaño y esa decepción, ese conocimiento de la miseria de la existencia pasa a ser lo dominante, de modo que el hombre se convierte en un escéptico que todo lo desprecia y se limita a hacer mecánicamente lo imprescindible para seguir viviendo; o quizá adopta un optimismo forzado que en realidad no siente; o bien acumula una y otra tarea y se ocupa de mil cosas y trabajos; o acaso cae en las necedades y locuras características de esta fase de la vida, y por ejemplo empieza a jugar o a especular con el dinero, abandona a su familia, se embarca en atrevidos negocios o en arriesgadas actividades políticas, todo ello para escapar de la monotonía, con el fracaso como resultado más que probable —o por el contrario da a la vida aquel sí que procede de la seriedad y de la fidelidad, y adquiere una nueva percepción del valor de la existencia—.

LA PERSONA QUE HA APRENDIDO DE LA EXPERIENCIA

I

Si es esto último lo que sucede, comienza la fase vital de la persona que ha aprendido de la experiencia. Se caracteriza por el hecho de que ahora el hombre sabe qué son los límites, y ve y acepta las fronteras, insuficiencias y miserias de la existencia.

Esto no significa que diga que está bien lo injusto, la maldad o lo vulgar; que no advierta lo desordenado, el sufrimiento y los callejones sin salida propios de la existencia; que declare rico lo mísero, auténtico lo aparente o pleno lo vacío. Ve perfectamente todo esto, y lo «acepta» en el sentido de que no tiene vuelta de hoja y de que hay que convivir con ello, y en la medida de lo posible superarlo.

No deja de trabajar, sino que prosigue fielmente su actividad en cumplimiento de las exigencias de la familia, de la profesión, de la sociedad, frente a todos los cuales se siente obligado.

Desempeña sus tareas tan correcta y exactamente como antes, a pesar de todos los fracasos, porque el sentido del deber reside en el deber mismo. Recomienza de nuevo sus intentos de poner orden y de ayudar, puesto que sabe bien que de que las personas hagan una y otra vez lo aparentemente vano es de donde proceden los impulsos concretos que pasan inadvertidos, pero que hacen que al cabo no perezca el hombre, por graves que sean los peligros en que constantemente se halla.

II

En esta actitud hay mucho de disciplina y renuncia. Se trata de una valentía que no posee tanto el carácter de la intrepidez cuanto el de la resolución.

Ya ven ustedes cómo aquí se consume lo que solemos denominar carácter. En personas de este tipo es en las que confía la existencia. Precisamente porque ya no albergan la ilusión de obtener grandes éxitos ni espléndidas victorias, son capaces de llevar a cabo lo que verdaderamente vale y permanece. Así es cómo deberían ser el hombre de Estado, el médico, el educador en todas sus formas.

Aquí es también donde surge el hombre superior, capaz de inspirar confianza. Y podemos valorar el nivel humano, así como las oportunidades culturales de una época, con arreglo al criterio de cuántos hombres de ese tipo viven en ella y de hasta dónde se hace sentir su influjo.

LA CRISIS DE LA DEJACIÓN

I

En ese momento se asiste a una nueva crisis. Está en estrecha relación con el envejecimiento, y nos gustaría denominarla dejación.

La vida de una persona como la que acabamos de dibujar en sus rasgos más señalados está penetrada de una gran riqueza axiológica. Son esas personas las que alcanzan logros que realmente perduran, dado que aplican su actividad en los puntos correctos, actúan en los contextos adecuados y no dependen de los resultados puntuales. Y es que su personalidad, por lo decidido de su actitud

interior y su cercanía a la realidad, les ha permitido superar sus propios condicionamientos.

La vida de una persona así se va haciendo cada vez más densa y valiosa.

Pero al mismo tiempo se presentan nuevas experiencias. Se hallan en conexión con el descenso del arco vital, con la conciencia del final.

El comienzo y el final son cosas misteriosas. El comienzo de la vida, venir al mundo y ser un niño —recuerden que ya hemos hablado de ello— no quiere decir que la trayectoria vital de una persona arranque de un cierto punto de par

tida y luego lo deje atrás, sino que ese punto de partida viaja con nosotros. El nacimiento y la infancia son un elemento vivo de la persona: la analogía individual con aquello que en la historia universal representan los orígenes, con lo que veneramos en los mitos de la fundación y en la figura de los antepasados. Este elemento actúa a lo largo de toda la vida, hasta el final de la misma ...[35].

Pero también sucede, a la inversa, que el influjo del finalse remonta río arriba y llega hasta los primerísimos comienzos de la vida. El inicio de la melodía preforma todo el desarrollo de esta última, e igualmente su final da forma a su entero transcurrir. La vida no es una mera yuxtaposición de partes, sino un todo que para expresarlo un tanto paradójicamente está presente en cada uno de los puntos de su trayectoria.

Así es como el final actúa sobre toda la vida: el hecho de que el arco vital empieza a curvarse hacia abajo y que terminará por extinguirse, que todo acontecer se mueve hacia su acabamiento, hacia un acabamiento al que hoy denominamos muerte. Pero este final se va expresando a lo largo de la vida de diferentes formas, en correspondencia con la fase de la vida en que nos encontremos en cada momento... El niño sabe muy poco de él, pero es probable que la muerte que algún día le visitará repercuta indirectamente sobre él, quizá en su hambre de vida y en su necesidad de protección... El sentimiento de la muerte puede hacerse presente con una especial intensidad durante la juventud. En esta fase de la vida tiene más bien el carácter de un trágico incremento del sentimiento vital. Por ello es también el joven quien muere con mayor facilidad, dado que la plenitud ascendente de la vida hace del morir mismo un elemento de esta última... La fase de la vida a la que hemos llamado mayoría de edad es la más propensa a olvidarse de la muerte. En ella, la persona está tan reclamada por las exigencias inmediatas, y su fuerza e independencia son tan firmes, que la conciencia de la muerte se ve desplazada muy fácilmente... En la fase de la madurez el sentimiento del final penetra a través de la vivencia de los límites. Pero en el seno de esa vivencia se transforma en la resolución a la que nos referíamos más arriba. Hace a la vida densa, seria y preciosa.

II

Pero muy pronto las cosas toman otro cariz. El hecho del final se hace patente con una fuerza elemental. Concretamente, podemos describir el proceso en cuestión de la manera siguiente.

Ante todo se hace perceptible lo pasajero de la vida. Se alcanza una visión de conjunto de las posibilidades: la medida de lo que dan de sí las propias capacidades, así como de lo que la vida todavía puede ofrecernos. De esta manera desaparece aquello que da origen al carácter de lo infinito, o mejor dicho de lo que siempre seguirá avanzando, a saber, las expectativas. En la misma medida en que la persona va envejeciendo, va esperando cada vez menos, y en esa misma medida

se intensifica la sensación de lo pasajero de todo. Las expectativas hacen que el tiempo se estire; el estar de vuelta provoca que se encoja. La sensación de que constantemente se está acabando algo —un día, una semana, una estación, un año— es cada vez más fuerte. También la conciencia de que lo que se está haciendo ahora ya se hizo ayer, de que lo que se ha vivido hoy es lo mismo que hace una semana. Todo esto hace que el tiempo transcurrido entre esos dos momentos se encoja. La vida se desliza cada vez más deprisa.

Un segundo elemento que coadyuva a producir el mismo efecto procede no del tiempo, sino de una modificación de los sucesos mismos, o si se prefiere del modo en que se vivencian: pierden peso... Con ello no queremos decir que sucedan menos cosas, o cosas de menor valor, sino que esas cosas que suceden cada vez llenan menos la vivencia. El sujeto se ve menos afectado personalmente por ellas, ya no las toma tan en serio. O, mejor dicho, quizá las siga tomando en serio movido del sentido de la responsabilidad, pero si se dejase llevar por sus sentimientos involuntarios cada vez les atribuiría menos importancia. Esta misma es la causa de que la persona que va envejeciendo se olvide cada vez más fácilmente de lo que acaba de suceder, mientras que los acontecimientos anteriores ganan en importancia a sus ojos.

III

Habría mucho que decir al respecto. Pero puede que lo visto hasta ahora sea suficiente para caracterizar las causas de la crisis de que hablábamos. Sí y cómo el individuo concreto puede superarla, es algo que depende de hasta qué punto acepte el final y siga las indicaciones que le proporcionan lo pasajero y la mencionada pérdida de peso de las cosas.

Cuando esto no sucede, comparece ante nuestros ojos el viejo en el mal sentido de la palabra, o, dicho más exactamente, la persona que no quiere hacerse «vieja».

Esa persona puede que aparte sus ojos del final ya cercano, que haga como si éste no se estuviese acercando, que se aferre al estadio de la vida que se está acabando, que se las dé de joven: las consecuencias de todo ello son tan fatídicas como penosas. Una de los fenómenos más cuestionables de nuestro tiempo es que se equipara sin más la vida valiosa con la juventud.

Otra posibilidad es que la persona capitule ante su envejecimiento, que dé de lado a la vida como un todo y se aferre a lo que queda de ella. De esta actitud se deriva un fenómeno tan negativo como el materialismo propio de la vejez, para el cual las cosas asibles y palpables lo son todo: comer y beber, la cuenta en el banco, el sillón cómodo. Se desarrolla la obstinación senil; el querer hacerse valer a ojos de los demás; el tiranizar a quienes les rodean, hasta convertirse en una tortura para ellos, para tener así la sensación de que todavía se es alguien (ver el apartado siguiente al próximo).

La superación positiva de esta crisis consiste en la aceptación del envejecimiento y del acabarse de todo, sin entregarse sin más a ello, pero tampoco sin negarle la importancia que tiene, cayendo en la indiferencia o en el cinismo.

En esa superación se ponen por obra un grupo de actitudes y valores muy nobles en sí mismos y de gran importancia para el conjunto de la vida: penetración en la verdadera entraña de las cosas, buen ánimo, serenidad, autoestima, afirmación de la vida que se ha vivido, de la obra que se ha llevado a cabo, del sentido de la existencia que se ha realizado...

Es especialmente importante que se logre superar la envidia hacia los jóvenes..., el resentimiento hacia lo históricamente nuevo..., la alegría maligna por los defectos y fracasos de los tiempos actuales...

EL HOMBRE SABIO

I

Cuando es esto último lo que sucede, aparece la forma de vida de la persona anciana, o expresado valorativamente, del hombre sabio.

Podemos caracterizarle del siguiente modo: es quien sabe del final y lo acepta. Con ello no queremos decir que se alegre de él aunque esto llega a darse en algunos casos excepcionales sino que nos referimos a la disposición cada vez más sincera a aceptar lo que tiene que suceder necesariamente.

El final de la vida sigue siendo vida. En él se realizan valores que sólo en él pueden realizarse. Al aceptarlo, la actitud de la persona adquiere una peculiar calma y una cierta elevación y superioridad en sentido existencial. Cuando se le preguntaba a San Carlos Borromeo qué haría si supiese que iba a morir dentro de una hora, solía responder: «Haría especialmente bien lo mismo que estoy haciendo ahora». En esta respuesta se expresa la elevación a que nos referíamos. Es la superación de actitudes como el miedo, el afán de disfrutar de las cosas todavía un poco más, el deseo de apurar lo que reste de vida, la inquietud por llenar de contenidos materiales un tiempo del que cada vez queda menos... (El comportamiento de Sócrates al final del Fedón.)

De la sensación de lo pasajero de las cosas se deriva también algo positivo en sí mismo: la conciencia cada vez más clara de lo que no pasa, de lo eterno. Los límites propios de este curso nos impiden estudiar en profundidad qué es lo eterno. Según sea la visión de la vida que cada uno tenga, lo eterno presentará uno u otro carácter.

La menos valiosa es la interpretación de lo eterno que dice: perviviré en mis hijos o en mi pueblo. Falsea el sentido de lo que aquí está en juego. Más aún: lo pone al servicio precisamente de lo pasajero. Quien habla realmente en serio de lo eterno, no se refiere al seguir siempre así, ya sea en un sentido biológico, cultural o cósmico. Ese mero continuar siempre es la mala eternidad o, mejor dicho, es la intensificación de la índole de pasajeras de las cosas hasta hacer de esa índole de las mismas algo insoportable. La eternidad no es un más cuantitativo, por inmensamente largo que sea, sino algo distinto cualitativamente, libre e incondicionado.

Lo eterno no está en relación con la vida como bios, sino con la persona. No la suprime en la mera continuación indefinida, sino que la plenifica en sentido absoluto.

La conciencia de esta realidad imperecedera crece en la misma medida en que lo pasajero se acepta con toda sinceridad. Quien huye de lo pasajero, lo tapa o niega, nunca sabrá a qué nos estamos refiriendo...

Algo parecido cabe decir de lo que denominábamos pérdida de peso de la existencia. En ella se hace claro que la vida hace referencia a más cosas que a sí misma. Lo finito deviene transparente para lo absoluto.

II

De estas experiencias procede la capacidad de distinguir entre lo importante y lo que no lo es, entre lo genuino y lo inauténtico, entre el conjunto global de la existencia y la relevancia intrínseca de los distintos elementos que la configuran: todas ellas formas de expresar lo que solemos denominar «sabiduría». La sabiduría es algo distinto de una mente perspicaz o de la destreza práctica para la vida. Es lo que aparece cuando lo absoluto y eterno penetra en la conciencia finita y pasajera, y desde ésta arroja luz sobre la vida.

Aquí es donde radica la auténtica eficiencia de la vejez.

Hay dos tipos de eficiencia: por un lado, la de la fuerza inmediata, la de la capacidad de dominar y poner orden; por otro, la del sentido, la verdad, el bien. En el mayor de edad ambos tipos guardan un cierto equilibrio entre sí. Esa persona está obligada a rendir, a luchar, a salir adelante, pero también a producir rendimientos auténticos, a luchar por lo recto, a ayudar a que salga adelante el bien.

En el curso del envejecimiento el primer tipo de eficiencia va disminuyendo. Pero en la medida en que la persona supere sus limitaciones internas se hace, por así decir, transparente para el sentido. Esa persona no deviene activa, sino que irradia. No ase, domina o controla, sino que pone de relieve el sentido y al superar el egoísmo le comunica una especial eficiencia.

Llegados a este punto, debemos exponer con más exactitud algo a lo que ya aludimos antes y que reviste una gran importancia para el hombre de hoy. Este último ha olvidado cuál es la esencia de la vejez. En su lugar ha colocado una imagen poco clara de la prolongación de la vida, en la que la forma de vida del joven sigue siendo la norma, mientras que la vejez se expresa únicamente en limitaciones: se dice que en ella se pierden facultades, que es menos elástica, etc. Según ese modo de ver las cosas, el anciano no es más que un joven disminuido. Y todo ello en estrecha conexión con la confianza en la capacidad de los médicos para alargar la vida, en métodos curativos a los que se atribuyen virtualidades mágicas, sin olvidar los artificios de la moda y de los cosméticos. De todo ello no se deriva otra cosa que mera apariencia y engaño vital.

La consecuencia es que los valores propios de la vejez faltan también en la imagen del conjunto de la vida dominante en nuestra época: la sabiduría en sus diferentes formas; los modos de comportarse que se siguen de ese hacerse transparente la vida al que nos hemos referido, de la capacidad de distinguir y de juzgar.

Pero cuanto menos se vea y reconozca la vejez en lo que ella realmente es, más desconocida se hará también la auténtica infancia. La mayoría de los niños son adultos en miniatura. Los niños reales son seres humanos que existen en aquella unidad de la vida de la que hablamos más arriba. Por ejemplo son capaces de oír cuentos, es decir, de pensar en términos míticos. Pero en nuestros días los cuentos, cuando siquiera se siguen contando, se racionalizan o se convierten en materia de disquisiciones estéticas. Los niños son capaces de jugar, de crear figuras de la vida y ceremonias. Pero en vez de eso vemos por todas partes juguetes técnicos, que en realidad han sido concebidos desde el punto de vista de los adultos. Y cuando alguna vez surge por fortuna algo genuinamente infantil, por ejemplo cuando se ha visto qué profundo significado pueden encerrar los dibujos de los niños, se hacen teorías al respecto, se organizan exposiciones, se conceden premios, y todo se echa a perder.

Las dos cosas guardan una estrecha relación entre sí. El envejecimiento se rebobina, por así decir, y surge, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, la imagen ideal de la persona que tiene siempre veinte años: en realidad, una criatura tan necia como cobarde. Por otra parte, se pierde de vista al niño, y en su lugar se pone al pequeño adulto, una criatura en la que se han cegado las fuentes internas de fuerza y capacidad vital. Y en ambos casos nos encontramos ante un empobrecimiento de la vida.

LA ENTRADA EN LA ANCIANIDAD

I

Cuando la vida de un hombre dura lo suficiente, la fase de la persona mayor o sabia no es la última, sino que le sigue la de la persona muy vieja o senil. En las reflexiones que venimos haciendo hemos visto que a cada nueva fase de la vida le precede una crisis. Vamos a ver, por tanto, si también ahora es éste el caso.

Recordarán en qué consistía la esencia de aquella peculiar intranquilidad a la que dimos el nombre de «crisis». Mientras que una fase todavía estaba vigente, pero ya se habían agotado sus posibilidades vitales, irrumpía una fase nueva que aspiraba a pasar al primer plano. La secuencia de las fases no implica que en el paso de una a otra la anterior termine de repente y que la siguiente comparezca ya completa desde el principio. Más bien sucede que la nueva fase ya se venía preparando antes de convertirse en la dominante, e igualmente la que toca a su fin permanece vigente de algún modo y sigue actuando incluso cuando ya ha dejado de ser la que lleva la voz cantante. Por otra parte, la transición de una a otra fase tampoco se produce de manera que la anterior se transforme paulatinamente en la subsiguiente, sino que cada una de ellas aspira a ocupar el centro de la escena. Por ello, la nueva tiene que imponerse en el ámbito de la anterior, lo que provoca las tensiones y conflictos a los que denominamos crisis.

Se plantea así la pregunta de si también la última fase, tal y como se hace presente en el curso de una trayectoria vital recorrida y agotada por completo, se debe considerar como una auténtica fase por sí misma, de manera que tengamos que suponer que su formación viene precedida por una crisis de ese tipo.

Parece que no es éste el caso. Lo que solemos denominar ancianidad no parece constituir de entrada otra cosa que un proceso de decadencia. No ofrece al espectador la imagen de una forma de vida positiva en sí misma, que estuviese caracterizada por rasgos esenciales inequívocos, mostrase una productividad propia y encarnase por todo ello una figura de valor específica.

Lo que la observación encuentra de positivo son los elementos de la fase del hombre sabio que siguen actuando aquí. Adquieren su nuevo carácter debido a que llegan a su plenitud, pero por otra parte se manifiestan en ellos señales de rigidez, vaciado, menor coordinación, etc.

II

Lo que acabamos de decir parece estar en contradicción con la impresión que frecuentemente produce la personalidad (le los muy mayores. De su interior emana tranquilidad. Poseen una dignidad que procede no de los logros de su actividad,

sino de su ser mismo. En su naturaleza propia se hace presente algo que apenas se puede caracterizar de otra manera que mediante el concepto de lo eterno.

En esta impresión que nos produce se revela el sentido de la fase vital a la que nos estamos refiriendo. Se trata sin duda de un valor puro, si bien permítasenos la paradoja de un valor que estriba en la plena realización de lo que denominamos «final»; en ese llevar algo a término, que no consiste en la culminación de una gran obra, o en soportar un destino trágico, sino en la plena consumación de la tarea que la existencia como tal, prescindiendo de sus actividades particulares, señala al hombre. Este final no rasga la vida, sino que pasa a formar parte de ella, se convierte él mismo en «vida». De esta manera queda confirmado algo que ya habíamos sospechado: que el tramo vital de la ancianidad no presenta una «forma» propia, sino que es la descomposición de todas ellas, si bien esa descomposición misma puede ser desde luego «correcta» o «incorrecta», puede implicar la consumación, pero también la destrucción.

Por eso mismo tampoco se puede hablar de una crisis en el sentido en que hemos empleado esta palabra hasta ahora. La última fase de la vida, a la que queremos dar el nombre de senilidad, comienza cuando la disminución de las facultades, y por tanto la dependencia de otros, pasan a ser lo decisivo. Esto es algo que puede suceder repentinamente, por ejemplo a causa de una enfermedad que mine las fuerzas y capacidades de la persona. Pero también puede ir preparándose imperceptiblemente y hacerse patente en alguna vivencia casual: por ejemplo cuando no se logra realizar una actividad que hasta ese momento se venía efectuando sin ningún problema, o cuando la persona se ve desplazada por otra de la posición de autoridad que ocupaba.

LA PERSONA SENIL

I

Se ha dicho de la fase de la vida que sigue a la del hombre sabio que es una segunda infancia. Ésta es una de esas falsedades sentimentales con las que se suele tratar de esquivar los hechos de la vida. En realidad, el parecido de la persona muy mayor con el niño se limita a aspectos claramente externos: que no puede hacer las mismas cosas que el adulto y no se vale por sí mismo, sino que debe recurrir a la ayuda de otros... Éste es un fenómeno meramente cuantitativo y que, con las correspondientes modificaciones, se da también en otras circunstancias, por ejemplo en personas gravemente enfermas o en minusválidos. El verdadero sentido de esta etapa de la vida es otro distinto.

Es indudable que el niño es más débil que el adulto, menos capaz de protegerse a sí mismo y de hacer realidad sus deseos. Si prescindimos de ciertos aspectos particulares de su condición de niño, a los que ya nos hemos referido, es sencillamente «menos» que el adulto, por lo que debe recurrir a su ayuda. Pero todo esto cada vez en menor medida. Está empezando, y el crecimiento es la dominante de su figura de valor. Su vida sigue una línea ascendente, va «para arriba». Dispone

del tiempo necesario para ello: el niño tiene «futuro». El tono de su vida, en condiciones normales, es por tanto el de la expectativa, y esas expectativas se cumplen constantemente, al menos en el sentido de que la personalidad del niño se va desarrollando y éste va ganando en seguridad en sí mismo [36].

El carácter propio de la fase senil de la vida no sólo es distinto del infantil, sino que se halla en directa contradicción con él. Su «tono» consiste precisamente en que ya no se espera plenitud real alguna que resida en la vida misma. Todo está ahí meramente «todavía», y el esfuerzo vital se encamina a conservar lo que aún hay, así como a ralentizar el proceso de disminución. Todo ello siempre y cuando no se caiga en un autoengaño que ciegue para percibir la realidad.

II

La senilidad se caracteriza por el hecho de que todas las formas de experiencia y de actividad y todos los impulsos vitales pierden espontaneidad e intensidad.

La fuerza y la profundidad de los instintos se ven reducidas. Lo pasional desaparece de la imagen global corporal y anímica. La capacidad receptiva de los sentidos disminuye, los órganos empiezan a fallar, la fiabilidad y finura de la percepción decrecen considerablemente. Se hace difícil adaptarse a nuevas situaciones, la vida adquiere una como tiesura, los procesos y movimientos de todo tipo se hacen más lentos. El impulso de lucha desaparece. La persona senil cada vez se interesa menos por lo nuevo. Cuanto mayor se hace, menos llevada se siente a cambiar las cosas, sino que lo que quiere es que la dejen tranquila. Se cierra a cualquier interés por la vida colectiva que vaya más allá de su propio círculo vital, y éste se va estrechando progresivamente: la persona llega a ser indiferente a cuanto la rodea.

Se pierde el deseo de ganar la estimación y la simpatía de otras personas. También de aquí surge una indiferencia que va no se preocupa de qué impresión produce el propio comportamiento sobre los demás, si es que no da en lo contrario, concretamente en la desconfianza hacia los más fuertes de quien se va viendo cada vez más débil, o en un sometimiento a ellos que busca astutamente obtener su favor.

La indiferencia hacia la impresión que el propio modo de ser y de comportarse produce en los demás fortalece un efecto que ya produce de suyo la imagen global física de la persona senil. Me refiero a la imagen de la decadencia, ante la que retrocede el sentir de la persona capaz de vivir, tanto más cuanto más joven sea ésta.

También la imagen psíquica de la persona senil surte un efecto análogo. Es especialmente característico de esta etapa de la vida un peculiar materialismo, del que ya hablamos antes. Las facultades espirituales pierden vigor; en el terreno anímico disminuyen la sensibilidad, la profundidad y la capacidad de establecer diferencias. Los impulsos cuya eficacia dura más tiempo son los dirigidos a lo más material e inmediato: a la comida, a la bebida, a la comodidad corporal, y no rara vez a un apetito sexual meramente físico.

Otra cosa se añade a las anteriores. La persona senil es débil y se siente amenazada. Su manera de defenderse consiste por tanto en afirmar lo que es y posee: sus propiedades, sus derechos, sus costumbres, opiniones y valoraciones. Aparece la obstinación senil: una tenacidad, un aferrarse a unas cosas y resistirse a otras, que pueden llegar hasta lo más minúsculo y necio. Es difícil contrarrestar este endurecimiento, ya que con frecuencia la inteligencia y los sentimientos han perdido la movilidad necesaria para comprender las razones expuestas y hacerse cargo de los motivos aducidos.

Todo ello produce una manera de ser global en la que los aspectos negativos ganan terreno. Si además se añaden otras circunstancias especiales debidas a la enfermedad o a una aguda debilidad física, como dolores, perturbaciones en las funciones corporales, pérdida de facultades o descuido de la propia persona, toda la situación se hace cada vez más difícil tanto para el afectado mismo como para las personas que le rodean.

Hasta ahora hemos trazado los rasgos negativos de la persona senil, dado que son los que más se ponen de manifiesto en la imagen global de su existencia. Pero debemos considerar como un principio básico de cualquier acercamiento a la comprensión del hombre que en nada que tenga vida existen disposiciones, procesos o estados meramente negativos. Todo lo vivo tiene lados positivos y abre posibilidades positivas. Esto también se cumple en la senilidad.

De hecho, todos conocemos personas muy mayores en las que nos gusta pensar, porque en ellas hay una tranquilidad amable. Ocupan con total naturalidad el lugar que les corresponde en su entorno, y su experiencia de la vida les permite resolver más de una dificultad sin llamar la atención. Estas figuras de la vida diaria están en la misma línea que las más grandes que nos salen al paso en la literatura y en el arte y que son, por así decir, otras tantas revelaciones de lo que le resulta posible precisamente a la persona muy anciana cuando alcanza una clara comprensión de sí misma y adopta la actitud correcta.

Es más: son precisamente los mencionados elementos del descenso vital los que hacen posible que estas últimas cualidades sean posibles. La persona muy mayor ha sido licenciada del servicio a la existencia, que con tanta frecuencia se convierte en una lucha por la existencia. Su frialdad interna le facilita moderar sus necesidades; la experiencia y la distancia que ha ganado respecto de la vida le enseñan a comprender a las demás personas y a respetarlas. Sobre este punto vamos a extendernos enseguida.

Nuestras reflexiones no aspiran a trazar una fenomenología de la evolución del hombre por sí misma, sino a desentrañar su importancia ético pedagógica. Surge así la cuestión de qué tareas morales plantea la senilidad como etapa de la vida, y qué posibilidades educativas residen en ella.

Ya hemos visto que no se aprecia una imagen axiológica propiamente dicha que estuviese fundada en la estructura de esta fase vital, determinase sus impulsos involuntarios y de la que se pudiesen derivar sin más normas éticas positivas evidentes. A no ser que nos decidamos a afirmar que la «imagen» válida a este respecto se construye en atención al final, que su rasgo más señalado reside en algo que hoy hemos perdido de vista y a lo que épocas más sabias dieron el nombre de *ars moriendi*, arte de morir.

Empezamos a morir mucho antes del momento en el que el médico se pone serio: empezamos a hacerlo cuando la disminución de las fuerzas, el estrechamiento del campo vital y la necesidad de recurrir a otras personas comienzan a determinar el tono de la existencia. Es decir, si la senilidad posee una figura de valor propia, su elemento dominante sólo puede residir en el correcto acercamiento a la muerte.

Ahora bien, nuestra época ya hablamos de ello en el anterior apartado sólo ve «vida» en la plenitud de fuerza propia de la juventud. La muerte es considerada como algo meramente negativo. Se le concede un cierto significado en la medida en

que se trate de una muerte como es debido, o valerosa, o de algún modo trágica y grande. Pero estas valoraciones tienen una relevancia que, por así decir, es meramente puntual: se aplican únicamente al final como tal, y por lo demás son de naturaleza decorativa. De la importancia, casi podríamos decir absoluta, que otras épocas asignaban a la «buena muerte» o a «morir en paz», y que obedecía a que en la muerte se decidía en último término la eternidad, no ha quedado nada. Con ella ha desaparecido también la importancia que se transfería desde la muerte hacia la vida: el hecho de que se dirigía hacia la muerte, comunicaba a esa vida una importancia y dignidad muy peculiares.

La consecuencia de todo ello es que para la conciencia actual la muerte carece de todo acento valorativo positivo. Se la ve como un mero cesar, que además tiene lugar en circunstancias que causan temor. Por esa razón se aparta la vista de ella, de manera que cuando viene no se está preparado para recibirla. Entre ella y la vida positiva precedente no hay conexión alguna. Se vivencia como viniendo «de fuera», y los síntomas con los que se anuncia en la fase de la edad avanzada no se insertan en el contexto de la existencia, sino que meramente se sobrellevan.

IV

Pues bien, la tarea éticoeducativa de la senilidad se puede estructurar en torno a dos puntos de vista.

Desde el primero y más urgente de ellos, esa tarea se le señala al entorno de la persona muy mayor. Si es cierto que el

carácter de esta fase consiste en la disminución de las energías vitales, en esa misma medida deberá crecer la tarea de aquellos a cuya ayuda tiene que recurrir la vida que va menguando. Se trata por tanto de la tarea de auxiliar y, antes aún, de soportar. Y es que la persona muy anciana no es fácil de soportar. En ella y a su alrededor el fluir de la vida se detiene. La pluralidad, lo sorprendente y estimulante desaparecen. Todo sigue el mismo camino, consabido desde hace mucho tiempo hasta en las palabras y gestos, y tanto más obstinadamente mantenido cuanto más mayor se hace la persona. La debilidad de la ancianidad se expresa en irritabilidad, y desconfianza, no rara vez en un comportamiento furtivo e incluso artero. Mientras que sucesos muy lejanos en el tiempo se recuerdan con toda claridad, se relatan una y otra vez con una monotonía muy molesta, se les otorga gran importancia y se hace de ellos el fundamento de la crítica a cuanto sucede en la actualidad, lo temporalmente cercano, incluso y sobre todo lo que acaba de ocurrir, desaparece de la memoria. Esto lleva a frecuentes malentendidos y roces, que cada vez son más difíciles de aguantar. Si a ello añadimos las circunstancias físicas, las dolencias, cada vez más numerosas, la tendencia de quienes ya son muy mayores a descuidarse y su indiferencia frente a los sentimientos de los demás, aparece el peligro de que la cordialidad de las personas más cercanas al anciano se vaya agotando y terminen por no ser capaces de acogerle amorosamente. Y cuando esas personas que le rodean no están unidas a él por lazos muy estrechos, se comprende que las profesionales experimentadas en la atención a ancianos digan que no hay trabajo que exija más abnegación que éste.

Apreciamos así toda la dificultad que encierra la correspondiente tarea ética. Exige simultáneamente energía y abnegación, pero sobre todo una paciencia grande y siempre renovada, tanto mayor cuanto falta la mirada abierta al futuro, y por regla general no cabe esperar más que un sobrellevarse mutuo dentro de los límites de lo decoroso y de lo razonable.

La mejor atmósfera para lograrlo es la de una tranquila naturalidad. Es lo más fácil de mantener, y a la larga también lo más efectivo. Con ella es como mejor se evita

que suceda lo que no debe suceder, se quita hierro a las suspicacias que puedan surgir y se sofoca cualquier secretismo incipiente. La mirada dirigida al gran contexto global de la vida, que llevará a ese estado algún día a todas las personas, puede ayudar a establecer y conservar esa naturalidad.

También hay otra cosa que puede ayudar a ello: el humor. Cuando la obstinación, el querer criticarlo todo y la desconfianza típicas del anciano empujen a la desesperación a quienes conviven con él, puede ser verdaderamente liberador que éstos logren mirar las cosas desde cierta distancia, de modo que vean la comicidad de la desproporción en que están las pretensiones del anciano con su debilidad y sólo por dentro, desde luego se rían de ello. Entonces, al menos por unos instantes, todo se disuelve en la común locura y necesidad de la vida.

Y es realmente bueno disponer de esa válvula de escape, pues lo insoportable de la persona senil puede surtir un efecto perverso: que su entorno le desee la muerte. De modo abierto y grosero, expresando con palabras ese deseo o mostrándolo con la propia conducta, o bien de manera más sutil, cuando ese deseo permanece en el interior de las personas que lo albergan, pero sin que ello impida que lo note el anciano, inseguro como está de sí mismo. Todo impulso interior tiene la tendencia a realizarse, y ningún progreso cultural nos asegura que no acabe por ponerse en práctica. En épocas primitivas la persona senil era considerada como un peligro, y se la mataba. Modernamente ha sucedido lo mismo con base en una teoría oficial, con exactitud científica y una cuidada organización. Que nadie diga que ese modo de obrar está lejos de él. Toda persona capaz de observarse a sí misma, y también de comprender sus propios actos fallidos y sueños, puede que tenga que asustarse de lo que en ocasiones sube desde su interior. Y cuando se manda a los ancianos a un asilo, aunque en realidad sería posible seguir manteniéndolos en casa, en el fondo se está haciendo lo mismo que los partidarios de la «eugenesia» durante la época nacionalsocialista.

No debemos olvidar, por lo demás, que el deber de la persona que se halla en su plenitud vital frente al anciano no es relevante solamente para este último. Si no me equivoco, ha sido Friedrich Wilhelm Foerster quien ha señalado el peligro que supone la salud misma. Puede hacer a la persona insensible y, en un sentido profundo, estúpida. El sabio antiguo diría: puede ponerla en manos del destino. Los cuidados que dispensa al débil protegen al fuerte mismo. Cuando comprende la necesidad de ayuda del anciano y en atención a él modera su propia impaciencia vital, se ve protegido de muchas cosas que podrían hacerle caer.

Además, esa preocupación por el anciano le permite comprender mejor la vulnerabilidad de la existencia como tal y aquellos valores profundos que con tanta facilidad pueden quedar cubiertos y ocultos por el impulso ascendente de la vida sana. La persona que se niega a tratar con bondad a la vida que ya declina y a ir en ayuda del progresivo estrechamiento que esa vida experimenta, deja pasar una importante oportunidad de comprender qué es la vida, lo inexorable y trágico de la misma, su profunda soledad y lo fuerte que es la copertenencia de los hombres entre sí.

V

La pregunta por la tarea moral de la última fase de la vida quedaría respondida sólo a medias si no nos refiriésemos también a la participación de la persona senil misma en la superación de los problemas que plantea su peculiar modo de existencia. El hombre no es nunca un mero objeto, es esencialmente persona, y por lo tanto es siempre sujeto de su existir. Su responsabilidad está naturalmente en

correspondencia con la medida de sus fuerzas espirituales y anímicas, y no tendría sentido formular exigencias que excediesen esas fuerzas. Pero mientras la persona sea capaz de contemplar su propia vida, dispone de la posibilidad de hacer las cosas mejor o peor, por lo que constituye una tarea para sí. Ha de saber por tanto que no sólo debe exigir cosas de los demás, sino que también debe exigirse a sí misma.

Entre las personas muy mayores las hay que están permanentemente descontentas con su suerte, que únicamente se ocupan de obtener por la fuerza o con astucia cuantas pequeñas satisfacciones les sean posibles, y que se convierten por tanto en una tortura para sí mismas, y todavía más para quienes les rodean, lo que en definitiva las hace feas y sin sustancia. Pero también hay personas seniles de otro tipo: conocerlas es una bendición. En ellas se ha remansado una larga vida. Han hecho su trabajo, han dado amor, han pasado por el sufrimiento que les ha tocado, pero todas esas realidades están todavía ahí en su rostro, en sus manos, en su actitud y siguen hablándonos con su vieja voz. Éste es un logro de esas personas mismas: gracias a su aceptación siempre renovada de lo que no se puede cambiar, a la bondad que sabe que también los demás cuentan y que intenta hacerles la vida más fácil, al convencimiento de que perdonar es más valioso que querer tener siempre razón y la paciencia más fuerte que la violencia, y a que han comprendido que una vida callada es más profunda que la altisonante.

Pero, por lo demás, hacerse viejo quiere decir acercarse a la muerte, y cuanto mayor se es más cerca se está de ella. En esta cercanía se llega a tocar con las manos el fondo de la existencia. Se plantean las preguntas últimas: ¿es la muerte la disolución en el vacío, o más bien el paso a lo verdaderamente real? Sólo la religión responde a estos interrogantes. Mala cosa hacerse viejo sin fe en Dios. Aquí no hay palabrería que valga. El núcleo de la vida del anciano no puede ser otro que la oración, sea cual sea la forma que ésta tome.

Las exigencias morales dirigidas a la persona muy mayor no pueden ir más allá de un cierto límite, que por lo demás se va estrechando progresivamente. Si está obligada a contribuir a dar la respuesta correcta a la situación en que se halla, sólo podrá hacerlo con base en condiciones creadas en períodos anteriores de la vida. De la debilidad de la fase senil sólo podrá hacer algo con sentido quien en la etapa de la fecunda ancianidad de que hablamos antes haya aceptado la muerte.

Si ha evitado una y otra vez pensar en ella y se ha hecho ilusiones sobre el futuro, cuando llegue a la senilidad será enteramente digno de lástima.

En nuestras reflexiones anteriores siempre nos ha salido al encuentro como acto central de la asunción moral de la vida la aceptación de la fase en que nos encontremos en cada momento. Aceptar lo que es constituía siempre el punto de partida para hacer de ello lo que debe ser. La aceptación de la existencia en declive no es posible únicamente desde ella misma: es demasiado precaria para eso. No puede ir más allá de la mera resignación, y ésta es negativa, es impotencia confesada. Por lo tanto, la persona debe aceptar la muerte que se acerca cuando aún esté en la madurez de sabiduría propia de la edad avanzada, debe ir viviendo en referencia a ella y considerar como un regalo lo que en cada caso se le conceda de tiempo, fuerza y capacidades. Sólo entonces, en virtud de esta disposición que, por así decir, ha ido almacenando, podrá hacer de la última fase de la vida algo distinto de un hundimiento progresivo y lleno de amargura.

A este respecto aún debemos decir otra cosa que merece ser subrayada de modo especial. Lo que con frecuencia hace a la fase senil de la vida tan lastimosa para el entorno, y también para el afectado mismo, es el hecho de que a este último ya no

le importa nada qué piensen los demás de él. Tampoco sirve de mucho decir a alguien muy mayor que tiene que mantenerse limpio, evitar el cinismo al que tienden las personas de su edad o guardar las formas, si no ha se ha ejercitado antes mucho antes, incluso desde la niñez en el dominio de sí mismo, en el orden y en la consideración hacia los demás.

Sobre todo es tarea de la madurez en su preparación para los años finales de la vida afianzar ese sentido de que hablamos. Cada vez que se le presente la tentación de relajar la autodisciplina y las formas de la buena educación, de utilizar la libertad que su edad le concede para permitirse cosas que antes se le reprochaban con razón: en todas esas ocasiones, la persona mayor debe decirse a sí misma que con ello está preparando la forma de ser descuidada que desfigurará los últimos años de su vida.

VI

Hemos dedicado más espacio a la última fase de la vida de lo que de suyo hubiese sido correcto en atención a su relevancia para el conjunto de la misma. Pero parece ser que los años de la edad avanzada están ganando en importancia. Tanto las estadísticas del movimiento de población como la experiencia médica muestran que la edad media que se alcanza la «esperanza de vida, está creciendo rápidamente. Las causas de la muerte se combaten con mayor eficacia. La medicina desarrolla una doctrina más exacta del estado del anciano y de los cuidados que necesita: una gerontología y una gerontoterapia. La previsión social crea las condiciones materiales para que pueda alcanzarse una edad progresivamente más avanzada.

De ello se siguen problemas demográficos, sociales y económicos cada vez más acuciantes. Pero también sucede otra cosa: la atención se centra en la persona mayor, y surge la pregunta acerca del significado que pueda tener esta fase de la vida.

En los pueblos civilizados, especialmente en aquellos que se encuentran bajo los criterios de valor de la revelación

bíblica, la vejez posee una dignidad que procede de fuentes religiosas. El cuarto mandamiento ha hecho que se desarrolle un ethos de veneración que se ha mantenido en vigor durante mucho tiempo. Pero en la experiencia moderna este carácter se difumina. Y para el sentir dominante en el siglo XX la vida valiosa acaba siendo idéntica con la vida joven.

Con esa base, la praxis del régimen nacionalsocialista encontró una «solución» para nuestra cuestión que no era otra cosa que desnuda barbarie materialista. Por el momento está superada, pero sus presupuestos psicológicos, junto con los hechos a los que trataba de dar respuesta, no sólo siguen existiendo, sino que se intensifican a ojos vistas. Como al mismo tiempo, sin hacerse sospechoso de pesimismo, se puede decir que la estimación del hombre como hombre disminuye, que con el aumento de la población y el rápido desarrollo de la técnica social el «tratamiento» del hombre cada vez conoce menos barreras, no se puede estar demasiado seguro de que la «solución» a que nos referíamos no vuelva en una forma encubierta o más refinada.

RECAPITULACIÓN

I

De lo último, de la muerte, hablaremos en otro lugar.

Veremos entonces con claridad cómo este fenómeno ha quedado destruido: cómo se dan a la vez un absurdo miedo a morir y un no menos absurdo ethos del punto final, una vacía mitología de la muerte y un romo matar técnico ...[37].

Pero echemos de nuevo una mirada hacia atrás, a la serie de las fases de la vida y de las crisis que se producen entre ellas: vida en el seno materno, nacimiento, infancia, pubertad, juventud, experiencia de la realidad, mayoría de edad, percatarse de los límites, madurez, experiencia del final, vejez y sabiduría, entrada en la ancianidad y senilidad...

Estas fases forman el conjunto de la vida. Pero no de manera que ese conjunto se compusiese de ellas, sino que siempre está ahí, al comienzo, al final y en cada momento concreto. Lleva sobre sí cada fase y hace que pueda ser lo que ella misma es.

Cada fase existe a su vez con vistas al todo y a cada una de las demás fases, Lo que la dañe dañará también al todo y a cada parte del mismo. De esta manera, en el joven está incluida la infancia correcta o incorrectamente vivida; en la persona mayor de edad, el impulso ascendente del joven; en la persona madura, la plenitud de actividad y de experiencia de la mayor de edad; en el anciano, la herencia del conjunto de la vida, si bien la edad avanzada sólo podrá tener un sentido positivo en la medida en que en los años que la precedieron haya alcanzado una relación con la muerte distinta del mero apartar la vista de ella. Por otra parte, cada fase constituye por sí misma una forma de vida peculiar, tiene su sentido propio y no se la puede sustituir por ninguna otra. De ello se deriva gran cantidad de problemas que no podemos estudiar aquí.

II

Para apreciar adecuadamente lo que aquí hemos dicho, es preciso subrayar que todas las descripciones que hemos ofrecido han adoptado preferentemente el punto de vista del varón.

No me siento autorizado a adoptar el de la mujer ni a trazar los rasgos correspondientes. Hacerlo sería tarea de una mujer y, por cierto, es una tarea muy urgente. Una tendencia de nuestra época que puede tener consecuencias muy negativas lleva a borrar las diferencias existentes entre los sexos. Una de las razones que aduce esa tendencia, la de que en todos los terrenos se debe establecer una «igualdad de derechos» entre los sexos, desempeña un cometido especialmente nefasto. Quien sea capaz de distinguir las líneas, muy entrelazadas entre sí, en las que se echa de ver la influencia de este tipo de ideas, no podrá dudar de que su resultado fáctico será una destrucción del modo de ser femenino, y con ella una pérdida de derechos mucho más profunda que todas las que se han dado hasta ahora.

El auténtico camino hacia la igualdad de derechos pasa por el desarrollo del propio modo de ser, pues sólo éste tiene sentido y sólo de él procede la fuerza.

LAS ETAPAS DE LA VIDA Y LA FILOSOFÍA

DE UN CURSO DE ÉTICA

Señoras y señores,

han sido ustedes muy amables, y no creo equivocarme si pongo en relación su amabilidad con la fecha de mañana: se lo agradezco de todo corazón. Siempre me he sabido estrechamente unido a mi auditorio universitario, pero en este curso de ética lo he experimentado con especial viveza, ya que tiene para mí el significado de una especie de síntesis de toda mi labor.

Eso se aprecia ya en su extensión. Su primera explicación se extendió a lo largo de siete semestres. Después tuve que interrumpirla porque no lograba ver clara la problemática de la última parte, que debía tratar de la moral cristiana propiamente dicha. Por ello volví a empezar desde el principio el siguiente semestre, y ahora espero haber superado esa barrera y poder avanzar a buen ritmo.

Lo que entiendo aquí por «ética» es más que una mera investigación acerca de lo que debemos y de lo que no debemos hacer y de los problemas específicos que de ello se siguen. Para mí, la ética ha de interpretar la existencia humana en su conjunto, tal y como es posible en atención a la obligación moral que pesa sobre esta última y a la dignidad que esa obligación le confiere. Así, en este curso trato de decir desde el punto de vista ético qué sucede cuando el hombre vive, de qué manera lo hace correctamente y de cuál incorrectamente.

Y su activa participación en la tarea de este curso, señoras y señores, me hace estar seguro de que los asuntos en él tratados les parecen importantes también a ustedes.

Pero no es ésa toda mi respuesta. Se me han venido a la cabeza ideas de todo tipo acerca de qué significado puedan tener para el conocimiento filosófico las diferentes fases de la vida, y por lo tanto también la vejez. Y me atrevo a pensar que esas ideas podrían interesarles también a ustedes, tanto más cuanto que se pueden insertar muy bien en el contexto de todo el curso.

Me refiero no sólo a cosas realmente obvias, como que el camino que lleva al conocimiento filosófico exige un esfuerzo que atraviese todas las fases de la vida, un esfuerzo de quien filosofa por asimilar y en su caso reelaborar los resultados alcanzados por otros, por ejercitarse en ver y en penetrar inquisitivamente en los problemas, etc. Me refiero a algo previo al pensamiento propiamente dicho: a las posibilidades de experiencia que contienen las distintas fases de la vida como tales, y más concretamente a las posibilidades de obtener experiencias que después sean importantes para el pensamiento filosófico.

En primer lugar tenemos la niñez.

No tiene nada que ver con el filosofar: para fortuna suya, pues filosofar significa sobre todo una toma de conciencia en virtud de la cual el hombre conoce qué es, y precisamente por esa causa pasa a ser responsable de ello. Al niño le está permitido sencillamente existir, vivir y crecer. Pero también él hace experiencias, continuamente, con todo su ser y con una intensidad que nunca volverá a darse. Se podría saber, creo yo, si un filósofo ha tenido o no una infancia real, pues en ella se crean condiciones que se harán notar en toda su trayectoria posterior.

Podemos decir quizá que el individuo repite en su niñez la época mítica de la historia de la humanidad. El ámbito anímico interior y el de las cosas exteriores, los

seres vivos y los juguetes inanimados, la ceremonia y la realidad, la fantasía y el destino se interpenetran. Se vivencia el parentesco que existe entre todas las cosas, la cercanía pese a todas las separaciones, el todo, en dirección hacia el hombre y partiendo de él. Pero también, en todo ello, el fondo misterioso del ser y, si el entorno no la sofoca, la voz de Dios. Lo que los auténticos educadores y los poetas sabios dicen de que todos los niños son en cierto modo videntes tiene plena cabida en este contexto. Estas experiencias pertenecen al ajuar básico del espíritu filosófico. Si la niñez no las ha aportado, ya no será posible recuperarlas, y cuando ellas faltan falta algo importante.

En la misma etapa de la vida se producen las más tempranas experiencias del sueño y la vigilia, del hambre y la comida, del dolor y el bienestar, del miedo y el sentirse protegido, de dar y coger, de los juguetes y los objetos. También en ella tiene lugar la experiencia de las relaciones humanas más inmediatas: la vida en el seno materno, el acontecimiento del nacimiento, la relación con la madre y el padre, sin olvidar la convivencia con esos seres a través de los cuales, en medio de lo familiar que resulta la misma sangre, se hace presente a ojos del niño la extrañeza «de la otra persona»: los hermanos.

Se vivencia la unidad de todas las cosas, y a la vez las penetrantes diferencias que existen entre ellas. Se trata del primer ejercicio de entrada en la estructura formada por la pluralidad de las distintas personas individuales...

¿No son éstas las experiencias básicas en las que descansa todo pensar? ¿Y no es en ellas, por lo tanto, en donde están las raíces de la filosofía?

Después se acaba el ser niño un estado que no es solamente «feliz», sino que también él está entretejido de placer y sufrimiento, de inocencia y de culpa, al igual que todo lo humano y viene, pasando por la crisis de la pubertad, la época del joven.

También ésta encierra un significado especial. En ella, el individuo experimenta un carácter de la existencia sin cuya auténtica y profunda asimilación no es posible filosofar alguno: el carácter de lo incondicionado, de lo absoluto. No podemos exponer aquí dónde se muestra en cada caso: en la idea, en la exigencia moral, en la norma esencial conforme a la cual la vida crece y florece, etc. Aquí es donde, si no se imposibilita desde fuera, el pensamiento joven adquiere la actitud reverencial y confiada ante lo absoluto que será decisiva para toda labor posterior; la fe en que hay un modo de ser correcto de las cosas, y la confianza en que se puede llevar a la práctica; el sufrimiento ante la injusticia; la pureza que rechaza compromisos.

Más tarde vendrán las limitaciones y complicaciones, sin duda, pero no hace falta ninguna demostración especial para saber qué significa que la persona pensante haya adquirido la conciencia de lo incondicionado: de lo inatacable, luminoso, poderoso, que está en una relación tan esencial con el espíritu y la persona: como ser, como verdad, como norma, como orden. Un espíritu al que le falte esa conciencia es un inválido. Sería mejor que no filosofase.

Acabo de decir que llegará un momento en el que la vida misma efectúe las debidas correcciones sobre la representación de lo incondicionado.

Antes la persona gustaba sobre todo de pensar en términos de principios; ahora aprende a ver los hechos. Antes establecía programas para la existencia; ahora percibe con claridad cómo es ésta realmente, y comienza a reconocer los derechos de las cosas existentes en cuanto tales. Antes su forma típica de pensar era con disyuntivas: o esto o aquello; ahora empieza a comprender, a admitir grados, a perdonar, a conformarse con lo posible.

Todas ellas son cosas realmente importantes para el espíritu filosófico: reconocer que lo absoluto no es tan sencillo y que no se da en la existencia con contornos claramente delimitados, sino que se encuentra inmerso en condicionamientos de todo tipo y rodeado de cosas que también pueden ser de otro modo. Y no menos importante es asumir la tarea correspondiente: mantener en pie lo incondicionado en medio de lo dependiente, lo dotado de validez eterna en la corriente de lo que fluye y se transforma continuamente.

De ello se derivan profundas crisis. Es la época en la que acecha el peligro del positivismo: de perder la pasión por distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto; de que el lugar de la verdad objetiva pase a estar ocupado por el de la autenticidad subjetiva, o por los meros hechos, cuando no por consideraciones sencillamente utilitarias; de que las relaciones funcionales y de dependencia sustituyan en todas las cuestiones al sí y al no a la hora de tomar decisiones, de manera que todo pierda su seriedad última... En medio de estos peligros es más necesaria que nunca la gravedad del filósofo. Éste es responsable de que conserve su vigencia el orden del pensamiento y de la vida. Tiene por tanto que distinguir, que deshacer las ambigüedades, que asegurar que no se pierda la aguda diferencia de las disyunciones: o una cosa, o la otra. Aquí, donde está en juego el núcleo de la existencia, ha de adquirir aquella dureza que es simultáneamente verdad, fidelidad y valentía. El carácter al filosofar: una de las más raras cualidades en el actual ablandamiento de todo lo válido, del que surge el espacio vacío en el cual la violencia puede erigir su dominio.

La vida continúa, y la disciplina a la que somete al espíritu filosofante es cada vez más estricta: naturalmente, suponiendo que siga siendo lo que alberga la pretensión de ser y que no se atenga a la ley del mínimo esfuerzo, reproduzca meramente las ideas que le vayan saliendo al paso o incluso, en vez de pensar por sí mismo, se limite a repetir lo que otros han pensado.

Ha alcanzado la madurez. Ha asumido la responsabilidad de la verdad no sólo en lo que a él respecta, sino también para otros. Sobre sus hombros descansa la carga del día a día filosófico, y ésta es una carga bien extraña. Pues ¿no debería ser el filosofar algo que poseyese el carácter de lo poco común? ¿No nos ha enseñado Platón que la filosofía va en alas de aquel movimiento que las elevadas formas de sentido, las ideas, suscitan en el corazón del espíritu, poderosas y festivas a la vez? A veces sucede efectivamente así. Todo el que filosofa ha vivido momentos en los que la verdad y el sentido brillaban con más luz que su símbolo platónico, el sol. Pero la regla general es la búsqueda y el trabajo, con frecuencia la fatiga y la lucha, y a veces una tortura gris que de nada parece servir.

Y bien puede suceder que el filósofo experimente algo todavía peor que el poder de los hechos y de las dependencias: el palidecer del sentido. Este fenómeno guarda una estrecha relación con el cansancio que fácilmente se puede presentar en esta fase de la vida, cuando las tareas y funciones que se desempeñan se hacen agobiadoras porque han perdido cuanto tenían de novedad e interés, y hay que seguir realizándolas por sentido del deber; cuando la persona tiene que trabajar demasiado y asumir demasiadas responsabilidades, y sin embargo tiene que aguantar y seguir adelante; cuando las relaciones humanas que se llevan manteniendo largo tiempo han perdido su frescor y tiene que suplirlo la fidelidad del carácter.

En ese momento los pensamientos se hacen romos. Las palabras pierden su capacidad de hacer palpitar nuestro corazón con más rapidez. Hablar y escuchar, leer y escribir: la pregunta que nos viene sola a la cabeza es si todo esto tiene algún sentido ¿Existe realmente aquello por lo que se afana el filósofo: la verdad?

¿Podemos seguir hablando de valores dotados de validez? ¿Tienen algún sentido las cosas humanas? ¿No es todo rutina y gris uniformidad? Se hace agudo el peligro de caer en el escepticismo, en aquella actitud a la que Michel Montaigne dio su expresión clásica cuando antepuso a sus Ensayos la frase: «Que saisje?». No sólo: «no sé nada», lo que podría suscitar la respuesta «¡pues aprende!», sino: «¿qué se yo?». ¿Sé acaso algo? ¿Hay acaso un saber, y no más bien solamente incertidumbre o ignorancia? ¿Es posible una auténtica toma de posición? ¿Existe algo que sea realización de sentido?... De alguna manera, todo el que filosofa hace esta experiencia, y la hace de modo tanto más penetrante cuando a todo ello se añaden el desengaño personal, el fracaso en las tareas emprendidas, las preocupaciones y la enfermedad, y ¿quién se ve libre de estos sombríos visitantes?

Pero también éstas son enseñanzas. La posibilidad de la destrucción del sentido forma parte de la existencia. Ésta es de tal índole que mucho de ella ya no tiene realmente sentido, al menos un sentido que se nos revele con claridad. Dijimos de la mayoría de edad que su tarea propia consiste en reconocer lo absoluto cuando se presenta entretelado con los condicionamientos; ahora se nos pide mantener enhiesto el sentido cuando le rodean procesos de decadencia y descomposición que le roban el ánimo y le debilitan. Y una filosofía que no haya plantado cara a este peligro dista mucho de haber alcanzado su perfección propia.

Cuando el filósofo es honrado y no se hurta a los problemas, a la vez que no se desanima y sigue creyendo en el sentido, por muchas cosas que parezcan hablar en su contra, es cuando puede penetrar en las capas más profundas de la existencia. Las ilusiones se disipan y se destaca lo dotado de auténtica validez.

Pero con ello no queremos decir que se solucionen todos los problemas. Ni siquiera que se hagan más fáciles. Quizá haya que hablar incluso de algo que parece lo contrario, a saber, de la experiencia de que todo se vuelve enigmático. No me refiero a preguntas concretas especialmente difíciles de responder, sino a un carácter general de las cosas. Una vez que sabemos que una cosa es de tal modo porque otra es de tal otro, y que esta última nos remite a su vez a una que le precede, nos damos cuenta de que con estas frases decimos sin duda algo, pero no mucho, y en todo caso nada verdaderamente importante. Puede suceder incluso que lo que se tendría que decir sea sencillamente inefable.

La existencia adquiere entonces aquel carácter que posee, digamos, en una naturaleza muerta de Cézanne. Tenemos ante nuestros ojos una mesa, sobre ella hay un plato, en el plato unas manzanas. Nada más. Todo está ahí, bien iluminado y perfectamente visible. No hay más que preguntar, ni que responder. Y sin embargo todo es misterioso. Todo es más que su inmediato «sí mismo». Llegamos a pensar que el misterio forma parte de la claridad. Constituye la dimensión de profundidad que debe tener el ente para que no sea mera apariencia engañosa. Quizá, incluso, el ser esté hecho de misterio: las cosas, los procesos, todo el acontecer al que llamamos «vida».

El filósofo puede hacer entonces experiencias muy peculiares. Por ejemplo, cuando está sentado en su habitación a la caída de la tarde y los libros, los muebles, el cuadro de la pared y la estatuilla de la mesa que tiene a su alrededor y son viejos conocidos suyos pierden su familiaridad, le resultan raros, lejanos y acuciantes a la vez, de manera que viene a su mente el pensamiento: ¡qué extraño que estés aquí sentado!, ¡qué seas quien eres y hagas lo que el día a día te va exigiendo!, ¡sencillamente que existas! ¿Qué es esto?, ¿qué hay detrás de las cosas?, ¿qué hay detrás de ti mismo? En esos momentos es cuando comprende palabras como las de Próspero en La tempestad de Shakespeare:

«Estamos tejidos de idéntica tela que los sueños, y nuestra corta vida se cierra con un sueño»* [38](IV, 1).

Pero las cosas tampoco son así. Nada de sueños, nada de meras apariencias que atraviesen nuestra mente mientras dormimos, sino más bien misterio, del que entrevemos que es el guiño que nos hace la verdadera realidad.

Mal filósofo sería el que hiciese desaparecer esta misteriosa vibración de la existencia mediante artimañas intelectuales. Muy al contrario, debe procurar sentir esa vibración con la mayor nitidez posible. Debe experimentar cómo se va intensificando. Y entonces verá que algo se modifica: el misterio se torna habitable. Se revela como el hecho de haber sido creado, de proceder de la libertad de Dios.

En esta atmósfera, las afirmaciones de la fe, palabras como Dios, creación, gracia, gobierno de las cosas, la palabra de la auténtica y eterna clarificación de todo, adquieren una nueva capacidad de penetrar en nuestra alma.

Y ahora sería el momento de hablar de una última experiencia, la del morir. Pero esta experiencia no pasa a formar parte de filosofar alguno. En ciertos momentos la vida llega a estar muy cerca de la muerte, por ejemplo en un grave peligro, o cuando muere una persona muy próxima a nosotros. Sin embargo, en esas ocasiones no se trata de la muerte real, a saber, de la propia. Quien la ha experimentado, ya no filosofa, sino que rinde cuentas de todo su filosofar ante el Señor de la verdad.

Hay otra cosa importante: la aproximación real al final. Me refiero a cuando el final ya no significa sólo una posibilidad presente en toda vida, pero por encima de la cual pasa la corriente de ésta, sino cuando su cercanía empieza a adueñarse de nuestros sentimientos.

Experimentar esto significa mucho para la actitud filosófica. De que quien hace esta experiencia sepa plantarle cara, o por el contrario la aparte de su vista o intente negarla con palabrería vana; de que entienda la muerte como el paso a lo verdaderamente real, o como el desnudo final de todo; de que persevere en la protesta cristiana contra la muerte, aceptándola sin embargo como expiación por la injusticia de la existencia, o bien se entregue en sus manos, ya dionisiacamente, ya con miedo, ya con una resignación o de cualquier otra manera: de todo ello dependen no sólo muchas cosas, sino las cosas decisivas para la comprensión de la existencia...

A este respecto habría mucho más que decir, pero tendremos que conformarnos con lo ya expuesto.

En este curso sobre cuestiones éticas fundamentales, señoras y señores, ya hemos dirigido nuestra mirada en más de una ocasión a la totalidad de la existencia, y hemos tratado de dar respuesta a los problemas concretos desde esa totalidad. Las ideas que acabo de esbozar están asimismo al servicio de esa mirada. Por ello, el tiempo que les hemos dedicado puede que no haya sido en vano.

DEL ENVEJECER

UNA CHARLA RADIOFÓNICA

I

Se me pide que hable de la fase de la vida que recibe el nombre de vejez. Para ello se podría adoptar un punto de vista fisiológico, como hace la medicina, o un punto de vista práctico y social, como hacen quienes se preguntan por la mejor manera de integrar a la persona mayor en la sociedad, o muchos otros enfoques. Por nuestra parte vamos a plantear la pregunta al modo filosófico, inquiriendo concretamente si la vejez no es más que el final de la vida, tras del cual ya no hay nada, o bien tiene un sentido propio, incluso quizá un sentido muy bueno y profundo, y en ese caso será de gran importancia comprenderlo y esforzarse por realizarlo.

Como es natural, sólo puede hablar de la vejez quien sepa algo de ella, pero sólo puede saber realmente algo de ella quien sea viejo él mismo. De lo contrario hablará desde la perspectiva de la persona más o menos joven, para la cual, de entrada, la vejez no es de ninguna manera algo venerable, como pretende un inocente idealismo. O al menos despierta en ella sentimientos de superioridad y de falta de aprecio. Con frecuencia, el joven se siente irritado por la pretensión de la persona mayor de poseer autoridad sobre él. Y no olvidemos la secreta enemistad que la vida ascendente alberga hacia la que ya declina.

Basta pensar en las costumbres de algunos pueblos primitivos para advertir con qué falta de compasión se hace notar esa enemistad. Pero no necesitamos ir tan lejos: ¿no se ha aplicado con frecuencia en los años de nacionalsocialismo, que no hace tanto tiempo que han pasado, el inhumano criterio de la vida con o sin valor? ¿Y en consonancia con ese criterio la tesis de que la única que tiene valor es la vida joven, mientras que el anciano la empobrece y la perturba, sin contar que ya no es productivo, supone una carga para la sociedad y por lo tanto debería ser eliminado?

Ciertamente, al igual que todas las tomas de posición sentimentales, también estos sentimientos tienen su polo opuesto. Éste se da en la persona mayor misma cuando no ha envejecido bien. En ese caso, está llena de rabia contra la vida que se le escapa, envidia al joven por su juventud, por su futuro, por sus planes y esperanzas, e intenta amargárselos, aunque sólo sea despreciando todo lo nuevo e idealizando todo lo viejo.

No es fácil, así pues, hablar de la vejez de modo creíble. Es preciso poseer por uno mismo la experiencia de la vejez, pero también haber detectado la inclinación a la rabia contra la vida, a la envidia hacia la juventud, al resentimiento contra lo nuevo, y al menos intentar superarla.

Quien por tanto intente decir algo sobre el sentido de la vejez, está afirmando en cierto modo que ha hecho algo de todo eso, y como es natural tal cosa no es fácil. En cualquier caso había que señalar claramente estas cuestiones, a fin de clarificar el marco de nuestra reflexión.

Y el tiempo que hemos invertido en ello no ha sido tiempo perdido, puesto que lo dicho ya nos ha situado en el centro del problema. En efecto, hemos visto con toda claridad que envejecer no quiere decir sencillamente haber vivido ya un determinado número de años, o que las fuerzas corporales hayan llegado a cierto estado, sino que hay maneras correctas e incorrectas de envejecer. Y también hemos observado que la postura de la persona más joven hacia la vejez depende, entre otras cosas, de cómo esta última se comprenda y se viva a sí misma.

II

Lo primero y más decisivo que vamos a decir es por tanto algo que constituye el fundamento de toda sabiduría de la vida: que sólo envejece de manera correcta quien haya aceptado interiormente su envejecimiento.

Esto no es, en modo alguno, algo que quepa dar sin más por supuesto, y tampoco es de ninguna manera fácil. Con mucha frecuencia sucede que la persona no acepta su envejecimiento, sino que meramente lo sufre. Como es natural, con ello no puede suprimir el hecho de que tiene setenta años en vez de cincuenta o treinta; que sus fuerzas ya no le dan para subir con brío las escaleras, sino que tiene que hacerlo muy despacio; que su piel ya no es tersa, sino arrugada. Pero lo intenta, y de esa manera cae en una profunda falsedad. Qué frecuentemente es esto lo que sucede, nos lo muestra ya la primera mirada que dirijamos a las personas que encontramos en el tranvía, en una reunión social o en el teatro. Hacen todo lo posible por encubrir el hecho del envejecimiento y aparentar una juventud que no poseen. Pero ese engaño no les sale bien ni siquiera externamente, ya que a la mirada experimentada no se le escapa que están representando una comedia, de manera que a la falsedad se añade el ridículo.

La primera exigencia es por tanto ésta: aceptar la vejez. Cuanto más sinceramente se haga, cuanto más ahonde la mirada en su sentido y cuanto más pura sea la obediencia a la verdad, tanto más auténtica y valiosa será la fase de la vida que lleva ese nombre.

Y es que también la vejez es vida. No significa solamente que se va secando una fuente, o que pierde consistencia una estructura antes fuerte y tensa, sino que es ella misma vida, con un modo de ser y un valor propios. Es cierto que implica el acercamiento a la muerte, pero también lo es que la muerte misma sigue siendo vida. No supone sólo cesación y aniquilamiento, sino que posee sentido en sí misma. Pensemos en el doble significado de la expresión «llevar a cabo»* [39]. «Llevar a cabo» algo quiere decir sin duda lo mismo que terminarlo, pero de manera que aquello que se lleva a cabo alcanza su plenitud. La muerte, así, no es la anulación de la vida, sino su suma final: algo que nuestra época ha olvidado. Los antiguos hablaban del *ars moriendi*, del arte de morir, con lo que se referían a que hay formas incorrectas y formas correctas de morir: el mero secarse y hundirse, pero también el llevar a término o a cabo, la realización última de la figura de la existencia. Si esto se puede decir de la muerte, tanto más del envejecimiento.

La primera condición para ello es, permítasenos repetirlo, la aceptación. En la medida en que se dé esta última se modifica el modo en que se pasa por esta fase de la vida. Con ello no pretendemos negar nada de la amargura que le es propia; de la creciente necesidad de ayuda, que hace que la persona necesite recurrir a los demás; de la desconsideración que provoca su debilidad, y en definitiva de todo lo que subyace a la afirmación del libro del *Eclesiastés*, cuando nos recuerda «aquellos años de los que dirás: no me gustan» (Eccl. 12, 1). Pero incluso todo esto adquiere un carácter distinto según que la persona que va envejeciendo se sepa una con su existencia, y mediante la aceptación se identifique con ella de forma siempre renovada, o por el contrario en el fondo comparta la opinión de quienes la menosprecian, sólo que por desgracia ella está del lado malo.

En la medida en que el que va para viejo haga realidad esa aceptación, será distinta también su relación con las personas más jóvenes. Perderá esa rabia contra la vida que se le escapa y la envidia hacia quienes todavía la tienen. Reconocerá la existencia de los jóvenes, e incluso aprenderá a amarles e intentará ayudarles. Pero no animado de la voluntad de dominarles, que hace de la ayuda una forma de encubrir la envidia, sino —podemos decir quizá— por solidaridad con la causa de la vida, llevado del deseo de que esta vida que corre tanto peligro y tan sumida está en la desorientación y la confusión sea como debe ser.

Esto lo percibirán las personas más jóvenes, que a su vez aprenderán a dar a la vejez el reconocimiento que merece en la persona de quien ya ha llegado a ella. Notan entonces que están ante una auténtica forma de vida, incluso aunque no puedan comprenderla realmente. Adquieren confianza, y en virtud de ella dan cabida en su propia existencia a un elemento que no hubiesen podido encontrar por sí mismas. ¡Gran cosa esta solidaridad de las diferentes formas de vida en la voluntad de que ésta llegue a plenitud en todos sus aspectos!

III

¿En qué consiste por tanto el sentido de la vejez? Me parece que en dos cosas.

La vida no es un río uniforme, sino que se divide en diferentes épocas, cada una de ellas cerrada en sí misma. Así, la infancia tiene su sentido propio, el del crecimiento, que presupone de suyo un entorno que lo haga posible y lo favorezca, y que en esta actitud gane él mismo valores que de otro modo no podría adquirir. La infancia tiene, por tanto, sentido por sí misma, pero también existe con vistas a la vida posterior. En efecto, el adulto se nutre de lo que ha vivido y de la forma de ser que ha adquirido en su niñez, y su naturaleza propia muestra carencias y deformidades cuando su infancia no alcanzó su plenitud propia. Lo mismo cabe decir de la vida del joven, así como de quien ha llegado a la madurez. Y por su parte también la vejez es una forma de vida por derecho propio, cuyo sentido bien se puede determinar mediante la palabra «sabiduría».

Quien envejece del modo correcto está en condiciones de comprender la vida en su conjunto. Propiamente ya no tiene futuro, por lo que sus miradas se dirigen hacia el pasado.

Advierte las relaciones existentes entre las cosas; se da cuenta de cómo en virtud de esas relaciones las diferentes disposiciones naturales, logros, ganancias y renunciaciones, alegrías y necesidades, están determinadas unas por otras, y de todo ello surge ese maravilloso tejido al que denominamos «la vida de una persona».

Con frecuencia hablamos de personalidad, y nos referimos con esta palabra al modo característico en que una persona es la que es: cómo en la constitución de su vida corporal, psíquica y espiritual las diferentes facultades se unen para formar un todo, y cómo esos elementos están determinados desde aquel punto central inderivable de cualquier otro al que nos referimos cuando decimos: «él», y ningún otro. Esta forma de la personalidad tiene, por así decir, un carácter estático. Lo notamos cuando una persona nos sale al encuentro y en la conversación con ella, al trabajar juntos o al luchar contra ella nos damos cuenta de quién es. Pero esa misma personalidad tiene también una forma temporal, y ésta es su trayectoria vital. La primera forma es como un retrato; la segunda, como una melodía. En ambas se expresa cómo ha pensado Dios a esa persona. En el momento de su nacimiento ha puesto en esa persona esa idea de ella, al modo de un boceto, mientras que las aptitudes interiores, las circunstancias externas y lo que la vida le vaya deparando son el material para su realización. Según sean sus dotes intelectuales, su buena voluntad, la seriedad con que viva su vida, llevará a plenitud ese bosquejo, no logrará realizarlo o lo echará a perder.

Mientras el hombre permanece inmerso en la corriente de la vida que le lleva hacia delante, mientras hace planes, lucha y espera, no percibe con claridad esta idea de Dios para él. No lo hará hasta que se vea apremiado por el final que se acerca, hasta que empiece a mirar hacia atrás. Entonces será cuando vea y comprenda las relaciones que existen entre cosas muy dispares, suponiendo desde luego que tenga el valor suficiente para querer ver lo que es y la honradez necesaria para querer ver solamente lo que sea verdadero.

De ahí se saca sabiduría. Y dado que, pese a las diferencias existentes entre las distintas personalidades y trayectorias vitales, todos, viejos y jóvenes, son al fin y al cabo seres humanos, la mirada que el anciano dirija al conjunto de su propia vida le permitirá comprender más de una cosa de las que en la vida de las personas más jóvenes que él se hallan todavía en curso de realización, y podrá darles consejos que les sean de ayuda, suponiendo que esas otras personas estén dispuestas a aprender. Con todo, lo más propio de uno mismo nunca podrá expresarse con palabras.

El segundo de los dos componentes del sentido de la vejez a que nos referíamos más arriba guarda una estrecha relación con el primero, pero posee un contenido propio. Procede éste de la cercanía en que se encuentra la persona que envejece no con el final de su vida, sino con la eternidad.

También aquí hay que poner una condición previa: que la persona sepa de algo eterno. Esto es, que no haya caído en el desconsuelo de limitarse a ir viviendo, sumergida por completo en la corriente del tiempo. Esas personas conocen solamente el ayer y el mañana, y entre ellos un delgado ahora. Nada saben de lo que no está circunscrito al ayer, al mañana o al ahora: de lo eterno, o, para decirlo más claramente, de Dios y de su reino atemporal.

Pero supongamos el caso favorable. Supongamos que una persona no ha abandonado el centro interior de su existencia. Que no se ha entregado a la mera naturaleza y a su supuesto misterio, ni a la mera historicidad o al absurdo de la fe en el progreso. Que en ella está vivo el saber acerca de lo válido y perenne, vivo también lo que en su propia naturaleza se ordena a ello, de manera que lo que tiene en sí misma de inmortal responde a la eternidad propia de Dios. En ese caso, todo ello se va haciendo cada vez más fuerte a lo largo de su vejez. Las cosas y los sucesos de la vida inmediata pierden su carácter de apremiantes. Va cediendo la violencia con que exigen que se les dediquen los pensamientos y la fuerza de sentir del corazón. Muchas cosas que a esa persona le parecían ser de la mayor importancia la pierden por completo, otras que había considerado insignificantes cobran seriedad y luminosidad. La distribución de pesos que se asignaba a unas cosas y otras se modifica, y se ven con claridad nuevos criterios de enjuiciamiento.

También esto influye en aquella mirada al conjunto de la vida de que hablábamos anteriormente. Es una mirada precursora de lo que el lenguaje religioso denomina juicio. «Juicio» quiere decir que las cosas se desprenden del velo de la palabrería, de las confusiones a que las someten la mentira y la violencia, y se ponen bajo el poder de la verdad divina, un poder puro al que no cabe sobornar ni engañar. En la vejez correctamente vivida va teniendo lugar una especie de preparación para este juicio que se celebrará tras la muerte y frente a frente con Dios.

Ésta es otra fuente de sabiduría y, por tanto, de autoridad. Esta última no descansa en una posición de poder, del tipo que sea, sino en la verdad vivida, y no necesita otra cosa distinta de sí que la acredite. Confiere a la vejez un sentido del que carece cualquier otra fase de la vida.

IV

El problema del envejecimiento consiste, por tanto, en que la persona lo acepte, comprenda su sentido y lo haga realidad. Pero aún hay que añadir otra cosa: es mucho lo que depende de que también la sociedad acepte por su parte la vejez y le reconozca honrada y amablemente el derecho a la vida que le corresponde.

Hoy día observamos por todas partes el fenómeno de que sólo se considera como valiosa para el hombre la vida joven, mientras que la edad avanzada se ve como un proceso de decadencia y descomposición. ¿No encuentra este fenómeno su fiel reflejo en el hecho de que cada vez hay menos personas mayores que tengan realmente conciencia de que pueden dar un sentido a su existencia? ¿No son cada uno de esos dos hechos la condición del otro? ¿Y no producen ambos, pese al constante crecimiento del poder y de las capacidades prácticas, una extraña y peligrosa inmadurez en el conjunto de la vida actual?

Se habla mucho y con preocupación de la creciente proporción de personas mayores dentro de la población total, pero todavía no he encontrado a nadie que se pregunte si lo verdaderamente preocupante no consistirá en que hoy día la persona mayor carece de auténticas funciones en el todo, y ello porque no comprende qué sentido pueda tener su propia existencia. Es entonces cuando no es más que una carga para la familia, la sociedad y el Estado.

Es mucho lo que depende, también desde los puntos de vista cultural y social, de que se comprenda qué papel tiene la persona que envejece en el contexto global de la sociedad; de que se supere el peligroso infantilismo que lleva a pensar que la vida joven es la única que tiene valor para el hombre; de que nuestra imagen de la existencia contenga la fase de la vejez como un elemento valioso, y de que de esa forma se complete el arco de la vida, sin limitarlo a un fragmento de él rechazando todo el resto como algo carente de todo interés. Pero ¿de qué sirven todas las disciplinas gerontológicas de la medicina y todos los cuidados de la previsión social, si al mismo tiempo la persona mayor misma no toma conciencia del sentido que encierra su propia vida? Si no lo hace, únicamente se conserva su vida en sentido biológico y ella no es, tanto para sí misma como para su entorno, más que una carga.

Pero de ahí se sigue también la consecuencia de que la sociedad debe dar a la persona que envejece la posibilidad de que lo haga de la forma correcta, pues ello no depende de la persona mayor misma más que en una parte, y por lo demás está en función de que su entorno, su familia y su círculo de amistades, pero también la sociedad, los distintos estamentos públicos y el Estado la rodeen de las condiciones de vida que esa persona no puede darse a sí misma.

Si sucede esto, y encuentra correspondencia en la voluntad de la propia persona que envejece de hacer bien lo que está

de su parte, surge una relación indispensable para el todo.

Una conciencia colectiva en la cual la vejez no posea el sentido que le es propio ni la posibilidad de hacer real ese sentido descansa sobre bases falsas. Perderá plenitud vital y saber, y sufrirá distorsiones de la capacidad de juzgar que se harán notar de las formas más dispares.

También a este respecto los decenios pasados deberían servir de enseñanza a todo el que tenga ojos en la cara y el corazón en su sitio.

[1] Esta versión fue traducida con el título Las edades de la vida. Su significación ética y pedagógica.

[2] Estas lecciones fueron editadas, póstumamente, en 1993, por Hans Mercker, con la colaboración de Martin Marschall, bajo el título Ethik. Vorlesungen an der Universität München (1950-1962) (Ética. Lecciones en la Universidad de Munich), dos vols., editoriales Grünewald y Schöningh, 1993, 1994¹

[3] Cfr. Wahrheit des Denkens and Wahrheit des Tuns, F. Schöningh, Paderborn, 1981, p. 81. Véanse, asimismo, las pp. 36, 62, 64, 69. «Lo que entiendo aquí por "ética" es más que una mera investigación acerca de lo que debemos y de lo que no debemos hacer y de los problemas específicos que de ello se siguen. Para mí, la ética ha de interpretar la existencia humana en su conjunto, tal y como es posible en atención a la obligación moral que pesa sobre esta última y a la dignidad que esa obligación le confiere» (Cfr. Die Lebensalter. Ihre ethische and pädagogische Bedeutung, M. Grunewald, Maguncia 1986, p. 79; versión española de la traducción actual, pp. 127-128. Se citará, resumidamente, Las etapas...).

[4] Cfr. Ethik. Vorlesungen an der Universität München (1950-1962), vol. 1, 1993, pp. 591-661.

[5] Cfr. Begegnung mid Bildung, Werkbund, Würzburg 1956.

[6] Cfr. Die Lebensalter..., p. 67; Las etapas..., p. 109. De ahí la afinidad de esta obra con la conferencia sobre «Las etapas de la vida y la filosofía» (cfr. Die Lebensalter..., pp. 79-89; Las etapas..., pp. 127-137), pronunciada con motivo de su 70 cumpleaños en la universidad de Munich.

[7] Una primera edición fue publicada con el mismo título por la edito-rial Werkbund, Würzburg, en 1953. Las editoriales Grunewald (Maguncia) y Schöningh (Paderborn) publicaron en 1965 una edición ampliada con el tí-tulo Den Menschen erkennt nur, wer von Gott weiss (Sólo conoce al hombre el que sabe de Dios).

[8] En su obra Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn (El hombre en busca de sentido), Piper, Munich 1989, 7ª ed., V. Frankl advierte que el ser humano puede alcanzar cotas de alta dignidad incluso en la situación límite de un campo de concentración. Cuenta, a este respecto, que los prisioneros de Auschwitz que no le preguntaban a la vida qué podía darles todavía sino a quién podían ellos ayudar tenían fuerza para soportar las máximas penali-dades y sobrevivir. No así los que daban por hecho que una vida en tales cir-cunstancias carecía de todo sentido.

[9] Die Lebensalter., p. 86; Las etapas..., p. 134.

[10] O.cit., p. 89; Las etapas..., p. 137.

[11] O. c., p. 91 Las etapas..., p. 142.

[12] Cfr. R. GUARDINI, Vom Sinn der Schwermut (Sobre el sentido de la melancolía), Grunewald, Maguncia 1983, trabajo publicado por primera vez en la obra Unterscheidung des Christlichen (La diferenciación de lo cris-tiano), Grunewald, Maguncia 1935. Versión en audiocassette: Grunewald, Maguncia, 1980. Cfr. H. B. GERL, Romano Guardini (1885-1968). Leben und Werk, Grunewald, Maguncia 19954, pp. 323-329.

[13] Cfr. R. GUARDINI, Apuntes para una autobiografía, Encuentro, Ma-drid 1992, pp. 76-80.

[14] Cfr. O. cit., p. 77.

[15] Cfr. O. cit., pp. 171 ss.

[16] Cfr. Wahrheit des Denkens..., pp. 85, 87, 89.

[17] Cfr. O. cit., p. 88. «Sé algo de lo que son los sentidos desde que voy perdiendo oído y vista» (O. cit., p. 38).

[18] El 11 de septiembre de 1959 escribe: «Neuralgia del trigémino: por así decir, dolor puro» (Wahrheit des Denkens..., p. 119).

[19] Cfr. O. cit., p. 33.

[20] Cfr. Confesiones, libro I, cap. 1. Cfr. H. B. GERL, O. cit., p. 397.

[21] Cristiandad, Madrid 1983, 6ª ed.; Die Annahme seiner Selbst, Werk-bond, Würzburg 1953.

[22] La importancia decisiva que tienen los conceptos de «ámbito» y «encuentro» en el proceso de realización personal es analizada ampliamente en mis obras El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa, BAC, Ma-drid 1993, pp. 73 ss, 187 ss; El encuentro y la plenitud de vida espiritual, Pu-blicaciones claretianas, Madrid 1990.

[23] Cfr. Wahrheit des Denkens..., pp. 90-91. A experiencias de este gé-nero se refería, sin duda, Guardini cuando escribía: «A veces me vuelvo indi-ferente a todo este trajín en tomo a los libros: leer, escribir, publicar... Una sola experiencia pura y profunda vale más que todo eso» (O. cit., p. 114).

[24] Cfr. Die Lebensalter., p. 74; Las etapas..., p. 117.

[25] Cfr. O. cit., p. 75; Las etapas..., p. 117.

[26] Cfr. O. cit., p. 73; Las etapas..., p. 116.

[27] O. cit., p. 93; Las etapas..., p. 145.

[28] O. cit., p. 73; Las etapas..., p. 116.

[29] En la línea de Guardini se halla la concepción del sentido de las etapas de la vida que expone el catedrático de filosofía de la Universidad de Bamberg (Alemania) Heinrich Beck, a la luz de su idea «triádica» de la realidad, en el trabajo «El sentido de las etapas de la vida. Infancia, juventud, edad adulta, ancianidad», publicado en la rev. Educadores, 172 (1994), 473-499.

[30] La ética de la que forma parte la investigación que aquí ofrecemos emplea el concepto de figura de valor para proporcionar una base a la doctrina de las tareas morales específicas como distinta de la doctrina de los principios morales generales.

[31] Cfr. a este respecto el profundo poema de Rilke LaB Dir, daB Kindheit war..., en Werke, 1957, II, pp. 130 y ss.

[32] A este respecto nos gustaría señalar qué daños producen las recientes modas del arte dirigido a los niños, cuando mediante exposiciones, publicaciones y concursos se hace consciente lo que debería ser ejercicio no vigilado ni impulsado desde fuera de la tendencia de los niños a jugar. Frecuentemente todo ello no es sino un nuevo campo de actividades para ciertos especialistas adultos.

[33] El gran ejemplo de esta actitud en la literatura es Fausto, quien no sale nunca de la etapa juvenil cuya forma objetiva es la magia, y a quien por ello no se le cree capaz de la seriedad propia de su posterior actividad ingenieril.

[34] De aquí se deriva una de las más fatídicas insuficiencias del modo de ser alemán. Si contemplan por un momento la imagen que ofrece la historia alemana en el siglo y medio que va del congreso de Viena y de los intentos de unificación de Alemania a mediados de siglo, pasando por la fundación del Reich en 1871, hasta todo lo que después ha sucedido de constante ruptura con el pasado y de vuelta a comenzar, apreciarán la importancia de lo que acabamos de decir.

Hay un escritor que quizá no sea uno de los más grandes, pero que tiene un especial rango de verdad y pureza: Adalbert Stifter*. Su obra está dedicada en lo esencial a estos valores del carácter, de la fidelidad a sí mismo y a la propia obra, de la constancia en la fundación, continuación y maduración.

* Novelista austríaco del siglo XIX (1805-1868). Es probable que Guardini tuviese in mente al referirse a él su principal obra: Der Nachsommer (1857). (N. del T.)

[35] Cómo haya que pensar esta permanencia del comienzo a lo largo del transcurso de la vida es una cuestión tan compleja como interesante, pero que no podemos estudiar aquí.

[36] Prescindimos aquí de los desengaños por así decir constitutivos, que consisten en que la vida nunca cumple lo que promete en las ilusiones de la juventud.

[37] Cfr. a este respecto R. GUARDINI, Die letzten Dinge, 4. Aufl., Würzburg 1956.

[38] Trad. de Luis Astrana Marín, en William Shakespeare, Obras completas, Aguilar, Madrid 1964, p. 2051. (N. del T.)

[39] Intentamos reproducir aquí, en la medida de lo posible, el juego de palabras que hace el autor con el doble significado del verbo alemán «vollenden». (N. del T.)